

STAR WARS

THE LAST OF THE JEDI

STAR WARS

The Last of the Jedi #4

DEATH ON NABOO

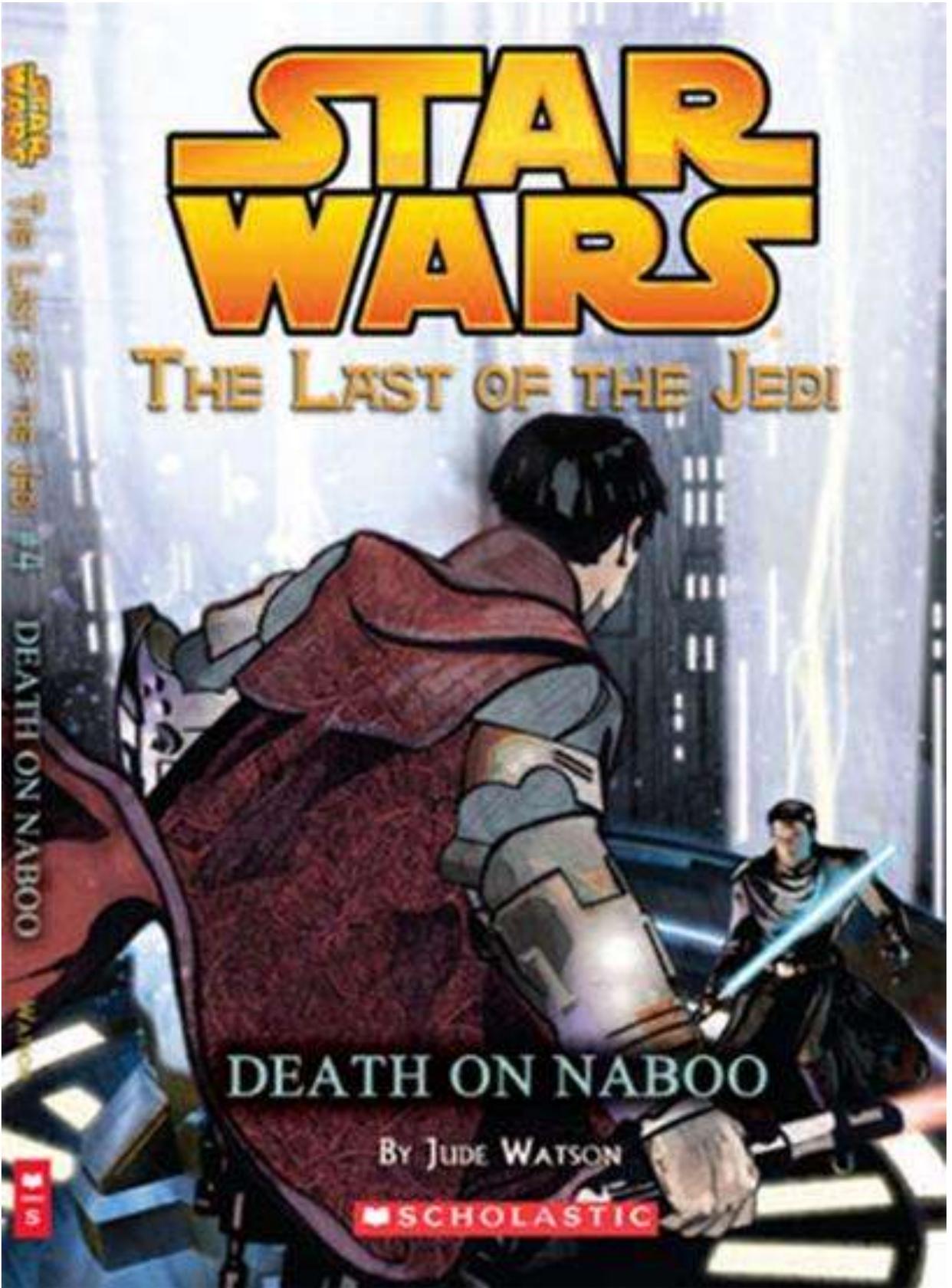
WATSON

DEATH ON NABOO

BY JUDE WATSON

SCHOLASTIC

316



¿Quiénes son los últimos de los Jedi?

El ex-Jedi Ferus Olin ha sido encarcelado por el Imperio. ¿Su delito? Intentar salvar a la Orden Jedi.

El siniestro Imperio no será capaz de retener a Ferus por mucho tiempo, no cuando tiene un amigo en el interior. Pero escapar es sólo parte del problema. La búsqueda de Ferus va a llevarlo al planeta de Naboo, donde se guarda un secreto vital para la supervivencia de los Jedi y de toda la galaxia... y está en peligro de ser revelado.

Con el fin de mantener este secreto, Ferus tendrá que enfrentarse al despiadado inquisidor Malorum. Se librará una batalla, y se perderán vidas.

¿Quién morirá en Naboo?

STAR WARS

El último de los Jedi 4
Muerte en Naboo

Jude Watson

Versión 1.0

01.03.13



Título original: *The Last of the Jedi: Death on Naboo*

Autora: Jude Watson

Arte de portada: John Van Fleet

Publicación del original: Abril 2006



18 años antes de la batalla de Yavin

Traducción: Yavin201

Revisión: Nacho_Kenobi

Edición: Bodo-Baas

Base LSW v2.0

Declaración

Todo el trabajo de traducción, revisión y maquetación de este libro ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Star Wars y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de Lucasfilm Limited.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

CAPÍTULO UNO

Las reuniones con el Emperador siempre eran inquietantes. Malorum sólo esperaba que ésta no fuese fatal.

Malorum se detuvo ante la puerta de la oficina privada del Emperador, a gran altura en los pisos superiores del edificio de oficinas del Senado. Había pasado el escáner de armas. Como el súbdito más leal del Emperador, era un proceso que encontraba insultante, pero tenía que someterse a ello. Una vez que atravesara esas puertas, sería introducido ante Palpatine por Sly Moore, esa nulidad con cara de luna que consiguió deslizarse hasta una posición de poder. Probablemente chantajeando a los seres adecuados, pensó Malorum, porque no podía encontrar otra razón para su prominencia. La oleada de celos habitual pasó a través de él mientras se preguntaba, una vez más, por qué los otros tenían lo que él merecía.

Respiró profundamente.

Necesitaba un momento. Necesitaba recordarse a sí mismo lo bien que estaban yendo las cosas. No importaba qué mentiras le hubiese dicho Darth Vader al Emperador, Malorum sabía la verdad. Él era el mejor Inquisidor que tenía el Emperador.

Preparado, Malorum avanzó a grandes pasos a través del umbral. Experimentó su batalla habitual de voluntades con Sly Moore. Ella se deslizó hacia a él y él continuó hacia la puerta de la oficina interior de Palpatine, para que no pareciese que estaba esperando a que ella le dejase entrar. Simplemente atravesó la puerta, ligeramente por delante de ella, por supuesto.

Calculó el tiempo perfectamente.

Su pequeña victoria murió rápidamente cuando Palpatine se giró en su silla para encararse con él. De inmediato, Malorum supo que ésta no iba a ser una buena reunión.

Se armó de coraje y avanzó entrando en la grandiosa habitación roja. Amaba esta oficina. El profundo color rojo, las estatuas de bronce de los Cuatro Sabios de Dwartii, el acceso de alimentación de datos que arrojaba información constantemente. Sentías que verdaderamente estabas en el centro de la galaxia, controlando a todo el mundo en ella.

Palpatine le miró con sus ojos pálidos. Malorum deseó, no por primera vez, que Palpatine no hubiese sido marcado tan odiosamente durante la batalla con Mace Windu. Era positivamente inquietante; uno pensaría que con todo ese acceso a la Fuerza podría encontrar una manera de parecer más atractivo. Cuando Malorum se convirtiese en Emperador (un pensamiento que Malorum sólo permitía que cruzara su mente ocasionalmente; todavía había un largo camino por recorrer) se aseguraría de tener descanso de sobra y un viaje rejuvenecedor a los excelentes cirujanos de Belazura una vez al año.

—¿Por qué dio la orden de volar el Templo Jedi? —El Emperador le disparó la pregunta. Demasiado antes para los preliminares.

—Estaba siguiendo una orden de Lord Vader...

—Él dijo que diría eso.

—Pero es cierto... Técnicamente. —Vader había hecho la sugerencia sólo para ver cómo reaccionaría Malorum. Malorum había caído directamente en su trampa protestando que tenía archivos que serían destruidos. Lo siguiente que supo era que Vader le estaba reprendiendo por tener archivos que habían sido registrados en el banco de datos principal de los Inquisidores.

Había corrido el riesgo, tratando de volar el Templo. Realmente había disfrutado teniendo allí su oficina. Caminar por el gran vestíbulo era emocionante. Era evidencia visible de la grandeza desbancada por el poder del Imperio. Prueba de que una conexión con la Fuerza no era suficiente; lo que importaba era cómo usabas el lado oscuro de la Fuerza.

Sabía que el Emperador Palpatine estaba frustrado con el aprendiz con el que había acabado. Había esperado alguien con un poder impresionante, pero en lugar de eso tenía un cuerpo reconstruido con una máscara de respiración. Darth Vader era poderoso, pero comparado con lo que pudo haber sido... bueno, ¿quién no estaría disgustado?

Lo que Palpatine necesitaba era un nuevo aprendiz. Por su sensibilidad a la Fuerza, Malorum había sido sacado de la oscuridad. Palpatine había revelado que era un Sith. Había explicado lo que era la Fuerza con detalle y cómo, con entrenamiento, Malorum podría usarla para lograr grandes cosas.

Malorum había esperado un acceso mayor por eso: cenas con el Emperador y sus ayudantes de mayor confianza; confidencias para él sólo; invitaciones a los apartamentos privados de Palpatine en la exclusiva torre residencial Republica 500. En lugar de eso, él mismo estaba en la lista de espera de un apartamento, a la misma altura de Senadores y burócratas. ¡Era desesperante!

Ahora estaba impaciente por complacer a Palpatine y era menospreciado por Darth Vader a cada paso.

—Excedió su autoridad —continuó Palpatine. Su mirada era tan escalofriante como un mes largo de vacaciones en Hoth.

Malorum miró hacia las estatuas de bronzium buscando inspiración, después desvió la mirada rápidamente. Había aprendido a mantener su posición con el Emperador. Nunca discutas. Presenta tu caso, entonces cambia el tema si puedes.

—El ataque a Solace y a sus seguidores está en proceso —dijo. Desenrolló su mejor pieza de información, el que mantenía en reserva como un jugador inexperto de sabacc—. Todo el mundo ha sido asesinado y la comunidad destruida. Se ha confirmado que ella está muerta.

—¿Y lo vio con sus propios ojos?

—Recibí un informe del comandante. —¿Esperaba realmente el Emperador que recorriese todo el camino hasta el núcleo, hasta las antiguas cavernas del océano?

—Un Jedi no está muerto hasta que ves el cuerpo. Infórmeme cuando eso ocurra.

Había sido despedido. Malorum tomó la decisión instantánea de conservar la información de que tenía a Ferus Olin bajo custodia. Podría necesitarla en una futura cita.

Y tenía planes para el antiguo aprendiz de Jedi, planes que sólo comenzaba a forjar. Ferus era el único ser que podía encontrar que pudiera conectarle con el antiguo Darth Vader.

Malorum se inclinó y se retiró, ignorando a Sly Moore y dirigiéndose directamente hacia el turboascensor express. Mientras descendía por el edificio de oficinas del Senado, pensó sobre lo que sabía... y lo que todavía tenía que descubrir.

Su trozo de información más importante era éste: Sabía que Darth Vader era Anakin Skywalker.

El Emperador no sabía que Malorum supiese esto. Antes de que las cintas del ataque del Templo hubiesen sido borradas, él las había visto. No había sido un Inquisidor en ese entonces, sólo uno de los oficiales de inteligencia Imperiales de confianza enviados al Templo después de la Orden 66. Había visto lo que había hecho Anakin Skywalker. Y había visto al caballero Jedi arrodillarse ante el Emperador, el cual le había llamado «Darth Vader».

Desde entonces había hecho su ocupación descubrir todo lo que pudiese sobre Skywalker. Sobornos, vigilancia e investigar lo que había ocurrido meses antes.

Sabía que Anakin Skywalker había sido un aprendiz de Jedi en el mismo tiempo que Ferus Olin. Sabía que Skywalker era el padre del niño de la senadora Amidala, el niño que nunca había nacido. Sospechaba que la senadora había sido tratada en Polis Massa, pero hasta ahora la desaparición de los registros había detenido el rastro de repente.

Los secretos contenían sorpresas. Una vez que sabías los secretos de una persona, tenías la llave para destruirle.

Ferus Olin sería la llave.

CAPÍTULO DOS

No estaba tan mal, para ser una prisión. Ferus las había visto peores.

Se estiró en el duro duracreto donde dormía... y se encontró cara a cara con la rata meer más grande que hubiese visto nunca, mordisqueando una de sus botas.

Bueno. Tal vez no.

Le lanzó su otra bota al roedor y éste se escabulló rápidamente. Suponía que podría afrontar los hechos. Había aterrizado en la peor prisión de la galaxia, y a menos que alguien cercano y querido, o incluso alguien al que no le gustase particularmente mucho, como la Maestra Jedi Solace, le rescatase, estaba atascado allí, trabajando hasta el agotamiento hasta que fuese ejecutado.

Era el habitual plan astuto del Imperio. Condena a los seres que te desagradan, no pierdas el tiempo con un juicio porque tus sospechas son suficientes, después mételes a todos ellos en un agujero apestoso en un planeta al que no vaya nadie, oblígales a trabajar, no les dejes hablar si quiera unos con otros y entonces, cuando estén demasiado débiles para proporcionarte el mínimo beneficio, ejecútalos. Qué sistema tan elegante en el que acabar atrapado. Confía en él para encontrarlo.

Así que tal vez colarse en el Templo no fue la mejor idea que había tenido. Y entonces tuvo que regresar y hacerlo dos veces. No es extraño que Malorum hubiese estado irritable.

Había estado buscando a otro Jedi. Los rumores habían sugerido que estaban retenidos en una prisión allí. Pero los rumores fueron diseñados como un truco para atraer a cualquier Jedi a un intento de rescate. Ferus había caído directamente en la trampa.

La necesidad de encontrar hasta el último Jedi le estaba llevando a lugares a los que nunca había esperado ir. Obi-Wan Kenobi, ahora en el exilio en Tatooine, se había negado a ser parte de sus planes para una base secreta. Ferus no dejó que eso le detuviera. Sabía que debía haber Jedi allí afuera que hubiesen sobrevivido a la purga. Necesitaban un santuario. Él había tropezado accidentalmente con un asteroide remoto que viajaba constantemente por la galaxia dentro de una tormenta atmosférica en movimiento. Tenía dos ayudantes de confianza estableciendo un campamento allí, Raina y Toma, así como ocultando al Caballero Jedi Garen Muln.

Cuando había encontrado a la Maestra Jedi Solace, había descubierto que ella había establecido una comunidad al lado de los olvidados océanos subterráneos de Coruscant. La harapienta sociedad había construido sus casas en una serie de pasarelas sobre el mar en una vasta caverna. Cuando le había dicho a Solace lo que había visto en el Templo, un cuarto lleno de sables láser capturados de Jedi asesinados, la tristeza y la cólera la habían golpeado. Entonces él le había contado que había oído por casualidad que había un espía en su campamento, y ella se había enfurecido.

Ella le había convencido para colarse dentro otra vez. Necesitaría sables láser, argumentó ella, para los Jedi que, él estaba seguro, estaban allí fuera. Y ella necesitaba descubrir la identidad de su espía.

Así que se habían colado en la base del Templo, gracias a la extraña nave de Solace con una excavadora a bordo. Pero se habían topado con demasiados soldados de asalto y más problema de los que podían manejar. Ahora aquí estaba, en prisión, con una orden de ejecución esperando ser llevada a cabo.

Le habían dado un número cuando llegó: 987323. Le dijeron que no hablara con ningún prisionero y que no pidiese nada a los guardias porque no lo obtendría de todas formas. «¿Ni siquiera para repetir postre?» había preguntado, y como respuesta había recibido una pica de fuerza en el estómago. Le había llevado horas recuperarse de eso. Tenía que recordar mantener la boca cerrada.

La situación era desesperada, supuso, pero había sido entrenado como Jedi, y por eso se resistía a sentirse desesperado. Siempre había una manera. O, como diría Yoda, una manera siempre hay.

Se preguntó cómo estaría Trever, el chico de trece años que le había adoptado como guardián. Había estado con él al colarse en el Templo... las dos veces. No parecía querer apartarse del lado de Ferus. ¿Cuidaría Solace de él? No es que Trever dejase que nadie cuidase de él exactamente. Y no es que Solace tuviese el carácter más calido. Aun así, esperaba que Trever estuviese bien. Era un ladrón callejero, un experto en explosivos y un dolor en el cuello, pero todavía era un niño.

La rata regresó, y Ferus le lanzó su bota otra vez. Se retiró, dejando sus dientes al descubierto en una forma más bien humana que le dio a Ferus un escalofrío. Esperaba no ver esos dientes hundidos en su tobillo más tarde. Tal vez dormir no era tan buena idea.

—¿Te importa, amigo? —La voz de su compañero de celda se alzó desde la esquina. Habían lanzado a Ferus dentro de una celda negra como la noche y todavía no le había conocido. Era simplemente una forma en la esquina—. Intento dormir.

—Hay una rata meer...

—No me digas. Qué sorpresa. —Ferus sólo podía ver un brillo de piel pálida a través del espacio—. Les gusta comer botas. Úsalas de almohada.

—¿Usar mis botas de almohada?

—¿Qué, el duracreto es un cojín más bonito? Ten una roca en la mano y aplasta su cráneo cuando tengas la oportunidad. Deja el cuerpo. Las demás captarán el mensaje. Es mejor hacer eso o si no encontrarás una masticando tu cara en mitad de la noche.

—No tengo una roca.

Ferus pudo escuchar el suspiro de su compañero de celda.

—¿Por qué siempre me quedo atrapado con el nuevo? Por arriba. —Una roca de tamaño considerable surgió repentinamente de la oscuridad. Ferus la atrapó, pero si no hubiese tenido reflejos rápidos le habría asestado un golpe en un lado de su cabeza.

—Gracias. ¿Dónde estoy?

—Prisión Dontamo. Pero no te preocupes, no estarás aquí mucho tiempo. Un día cercano estarás muerto.

—Tenía esa impresión. ¿Ha escapado alguien alguna vez?

—La muerte es tu escapada, amigo mio. —Ferus escuchó girarse a su compañero de celda para mirarle a la cara. Ahora podía ver el brillo de sus ojos—. Bien, veo que no podré dormir hasta que te cuente todos los pormenores. Hagas lo que hagas, no enfermes. Nadie que vaya a la enfermería regresa jamás. Segundo, no hables con nadie durante el día. Y no hables conmigo a menos que sea necesario. Tengo todo un mundo de fantasía actuando en mi cabeza, y no me gusta ser interrumpido. Estoy en un día de campo con mi esposa, y el sol brilla, y lo estoy a punto de comerme una de sus tartas de bayas.

—¿Estás casado?

—Nunca hagas una pregunta personal —continuó el prisionero—. Nunca te caigas. Nunca le digas a nadie que eres inocente. Nadie tuvo un juicio, así que tenemos inocentes y culpables y eso no cambia nada. Aquí no importa nada excepto ocupar tu tiempo hasta que vayas a morir. Todo el mundo se pelea por las raciones. Esa es la moneda de cambio aquí. Come rápido. Y la última cosa, la más importante: no te cruces con el Prisionero 677780. Dirige la banda. Le llamamos 67. Ni siquiera le sostengas la mirada. Te arrepentirás si lo haces.

—Entiendo. Gracias.

—Mi consejo es, piensa en el mejor día de tu vida y reproducélo en tu cabeza. Ahora déjame solo.

Ferus sintió que su compañero de celda se daba media vuelta. Se tumbó sobre su espalda, mirando al techo, y agarrando firmemente la roca. ¿Era esto todo lo que le quedaba? ¿Mantenerse en una memoria, reproduciéndola hasta que la muerte viniese a por él?

El mejor día de su vida.

Él y Roan, en un viaje de excursión al mundo vecino de Tati, en lo profundo del bosque, llegando a una cascada que se deslizaba en un profundo estanque verde. Habían tenido tanto calor, y se habían sumergido, directamente hasta el fondo. El agua estaba tan fría que salieron temblando y riéndose...

Escuchó a la rata acercarse y bajó la mano, con fuerza, con la roca en su puño. La rata se quedó inmóvil.

Esas habilidades de reacción Jedi seguro que vendrían bien.

CAPÍTULO TRES

Trever se tumbó en el pasillo de metal. Escuchó el ruedo del fuego láser y los gritos de personas al ser golpeadas. Olió el humo de los detonadores y las moradas ardiendo. Escuchó el sonido de los cuerpos cayendo.

Estaba escondido, su posición habitual en una batalla. Pero esta vez era diferente. Esta vez no podía moverse. Sus dedos temblaban mientras agarraba la reja debajo de él. Su escondite era bueno, detrás de uno de los deslizadores de las tropas Imperiales. Había un guardia, pero no había visto a Trever. Durante un breve momento Trever había pensado en robar el deslizador, pero sabía que sería reducido a añicos en segundos.

Cuando él y Solace habían regresado del desastre en Templo Jedi, Solace había escuchado la batalla antes que él. Ella había saltado fuera de la nave y fue directamente hacia lo más crudo de la lucha.

Él había visto batallas antes, pero ninguna como ésta. Había escapado de oficiales Imperiales, se había colado en edificios, había corrido los riesgos necesarios para mantener su propia operación de mercado negro, pero esto era diferente. Esto era aterrador. Los soldados de asalto misteriosamente blancos estaban dedicados a aniquilar todo a su paso.

Había vislumbrado a Solace, peleando furiosamente para salvar a sus seguidores. La había visto moviéndose, zambulléndose, sin perder nunca el equilibrio o su gracia a pesar de la ferocidad de su ataque. Su sable láser era un faro de luz, resplandeciendo en verde a través del humo.

Ella perdería. Se mantendría firme mientras pudiese, pero no podría ganar. Simplemente había demasiados de ellos. Casi todo el mundo ya estaba muerto. Matado sin pensar, sin pausa.

Rhya Taloon estaba muerta. Él la vio morir. Ella había sido senadora una vez, hasta que quisieron enviarla a prisión o algo peor y ella se unió a los Borrados, el grupo que había destruido sus anteriores identidades y se había escondido en los niveles inferiores de Coruscant. Ella había modelado una nueva apariencia fiera para sí misma, retorciendo su pelo de plata en cuernos y llevando pistoleras que le cruzaban el cuerpo. Había aprendido cómo disparar un bláster, pero nunca había sido muy buena en ello.

Él y Ferus habían viajado hasta allí abajo con otros miembros de los Borrados, pero ahora también estaban muertos. Debía ser así, porque todo lo que podía ver eran cuerpos. Entre ellos yacía Hume, el que una vez había sido piloto en el Ejército de la República. Gilly y Spence, los hermanos que apenas hablaban. Oryon, el feroz bothan que había sido un espía para la República durante las Guerras Clon. Curran Caladian, el joven svivreni que una vez había sido ayudante senatorial, había saltado para defender las casas en la pasarela central. Trever había visto a los soldados de asalto lanzar granadas incendiarias a las casas y se habían marchado.

Y Keets Freely, el periodista. Trever había visto su cuerpo, ensangrentado y destrozado, mientras él y Solace se habían acercado corriendo para investigar. No podía

creerlo, no podía creer que el Keets burlón e indestructible pudiese caer. Pero había caído, desde una plataforma superior, aterrizando a los pies de Trever. Ese había sido el comienzo del auténtico terror de Trever.

En el corto tiempo que había viajado con ellos, todos se habían convertido en sus amigos. Y ahora no sabía lo que hacer o a dónde ir, porque estaba seguro de que éste era el día en el que moriría.

Una voz nueva surgió en su mente, no una voz de miedo sino de impaciencia.

Bueno, si vas a morir, muestra que tienes agallas, ¿de acuerdo?

Lentamente, dejando a un lado el dolor, alzó el cabeza, preparado para que lo volaran en cualquier momento.

La batalla se había movido a un nivel superior de pasarelas y descansillos que se contorsionaban locamente bajo las paredes cavernosas. Pero no quedaba mucha batalla. Vio algunos grupos de resistencia, pero estaban rodeados y pronto estarían muertos. Apartó su mirada. Ya no podía seguir observando, ya no podía soportarlo.

De repente un haz a través del humo hizo que alzara la cabeza. Solace había dado un salto increíble, saltando desde la pasarela más alta hasta la que estaba justo encima de la cabeza de Trever. Los soldados de asalto anegaban las rampas tras ella. En pocos momentos la acorralarían.

Y él estaba allí, escondido como un cobarde.

Tenía que ayudarla, y hacerlo rápido. ¿Pero cómo?

Deja de esconderte, Trever. Ese sería un principio.

Reptó detrás de los otros deslizadores y pudo conseguir una vista mejor de la parte de arriba.

El soldado de asalto que vigilaba los deslizadores le dio la espalda al ruido de la batalla para recibir una comunicación, podía verle hablando en su casco esforzándose para oír sobre el ruido, y Trever saltó más cerca de las escaleras que llevaban al siguiente nivel. Aterrizó detrás de un montón humeante de metal retorcido que una vez había sido una casa. Se estrelló contra un cuerpo y casi salió levitando por el terror hasta que una mano fuerte sujetó su pierna.

—No te muevas.

Era Oryon, el bothan. Su cara estaba ennegrecida por el humo, su larga melena era una masa enmarañada. Su túnica estaba rota y un largo arañazo le bajaba por el antebrazo. Sus ojos estaban enrojecidos por el humo. Era la cosa más feroz que Trever había visto nunca.

—Solace está... —jadeó Trever.

—Lo sé. ¿Te queda alguna carga?

Trever asintió, avergonzado. Había estado demasiado asustado para hacer estallar muchas de sus cargas. En vez de eso se había escondido.

—Tengo algunas granadas —dijo Oryon—. Eso podría ser suficiente.

—¿Qué vamos a hacer?

—Volar la plataforma entera.

—Pero ella caerá.

—Es una Jedi. Sobrevivirá. Pero ellos no.

—Uh, ¿y qué pasa con...? —Trever tragó saliva—. ¿Nosotros?

—Lo haremos desde abajo, después regresaremos a esta plataforma.

Trever bajó la mirada a través de la rejilla hacia el mar negro de abajo.

—¿Desde abajo? —chilló.

—¿Estás preparado?

—¿Preparado? Estoy preparado para correr en la otra dirección.

—No. Mantengámonos unidos.

Trever asintió.

—Sígueme.

Oryon dio dos zancadas y repentinamente se lanzó sobre la barandilla de la pasarela. Trever se movió con precaución hacia adelante y se colgó de la barandilla asombrado. Vio que había agarraderas para pies y manos debajo del enrejado, eran sólo piezas aleatorias de metal a las que podías agarrarte para avanzar por ahí, moviéndote por debajo de las rejas como un cangrejo. Muy, muy por debajo vio el mar negro en movimiento.

No había más remedio que pasar por ahí. Una pequeña parte de él se alegraba de que Oryon le tratara como un camarada, dando por supuesto que lo haría. Ferus le habría dicho que siguiese escondido detrás del deslizador.

Trever pasó una pierna por encima, buscando un apoyo debajo. Entonces, lentamente, deslizó sus manos hacia abajo hasta que su otro pie encontró un agarre.

Se abrieron paso boca abajo, mirando a través del enrejado. Algunas veces tenían que cerrar los dedos en las propias rejas para avanzar. Sólo esperaba que un soldado de asalto no le pisase los dedos. Esas botas parecían bastante letales. Trever sabía que sus dedos estarían en carne viva después de eso, pero extrañamente, el miedo le había abandonado y una sombría determinación de terminar el trabajo le impulsaba hacia adelante.

Cuando estuvieron cerca, Oryon le hizo una seña y le habló al oído.

—Tienes que seguir adelante. Coloca los temporizadores en treinta segundos. Eso te dará tiempo suficiente para regresar. Luego lanzaré las granadas de protones desde aquí. Coloca las cargas cuidadosamente para que sólo explote esa pasarela.

Trever avanzó hacia adelante, los dedos le dolían. Tendría que encontrar un buen lugar para anclar sus pies y una mano mientras metía la otra mano en el cinturón de utilidades. Avanzó más rápido ahora, acostumbrado a la sensación de estar cabeza abajo. Cuando vio las botas blancas del soldado de asalto sobre él, colocó una carga, fijándola a la pasarela, luego otra y después otra, sus cargas alfa más potentes. Cuando terminó, se había raspado los dedos hasta dejarlos en carne viva.

Contando mentalmente, volvió hacia atrás a donde esperaba Oryon.

—Cinco segundos —gruñó al Bothan.

—Vamos —murmuró Oryon.

Trever avanzó rápidamente por donde había venido. Pero no pudo resistirse a detenerse para observar a Oryon lanzando las granadas.

Oryon dejó caer un poderoso brazo y lanzó la granada. Salió disparada en línea recta y después se curvó alrededor del borde de la pasarela, pasando sobre la barandilla y cayendo encima de la plataforma superior. Sin detenerse, lanzó las otras tres granadas.

Trever sintió la explosión en sus tímpanos. Oryon se estaba moviendo rápidamente hacia él, a paso constante. La pasarela se había convertido en una criatura viviente, doblándose y ondeando. Podía romperse en cualquier momento.

Arriesgó otra mirada hacia atrás. La plataforma de arriba estaba crujiendo, metal separándose de metal con un sonido raspante y gemebundo. Los soldados de asalto estaban empezando a caer uno tras otro mientras buscaban desesperadamente algo a lo que agarrarse. Algunos trataban de saltar a la seguridad de la pasarela o a la plataforma inferior.

Solace era la única que usó las explosiones en su beneficio. Ella había montado en la explosión como en una ola y había salido lanzada por el aire. Trever observó, sin aliento, como daba un salto mortal apartándose del ejército de soldados de asalto y caía —no, no caía, planeaba, controlando completamente— dejando atrás a las tropas de asalto, el metal que gemía, el calor, el humo, y hacía el mar allá abajo.

—Deprisa —urgió Oryon a Trever, su voz estaba ronca—. Tenemos problemas.

Para horror de Trever, vio que la pasarela estaba derritiéndose por el calor, soltándose de la plataforma superior. Debía haberse debilitado por el fuego láser de la batalla. No podrían llegar a un lugar seguro, eso podía verlo. La pasarela comenzó colear mientras la plataforma superior se hacía pedazos, lanzando soldados de asalto hacia el mar.

—¡Tienes que soltarte! —gritó Orion. ¡No vamos a conseguirlo!

—¿Soltarme? ¿Estás chiflado? —Trever sintió los dedos agarrotados de tratar de agarrarse a la pasarela serpenteante.

—¡Es la única manera! —Oryon le miró intensamente. De repente lanzó sus piernas hacia delante y las enrolló alrededor de la cintura de Trever. Después soltó una mano y atrajo a Trever contra sí. Trever sintió la fuerza de los brazos y piernas de Oryon, puro músculo grueso—. Estaré contigo.

Trever miró hacia abajo. El mar se veía negro y peligroso. Y muy lejos.

—Sólo quiero que sepas una cosa —le dijo a Oryon—. ¡No sé nadar!

Y entonces se soltó.

CAPÍTULO CUATRO

Esa breve conversación resultó ser una de las pocas que Ferus tuvo con su compañero de celda. Ferus sabía su número: 934890. Pero su compañero de celda nunca le confió su nombre o cualquier otra cosa sobre sí mismo. Las únicas frases que pronunció iban en la línea de: «Mueve tus botas».

En un día Ferus se acostumbró a la rutina, porque tenía que hacerlo. Cualquier vacilación acerca de dónde colocarse en la fila o qué hacer era recibida con un golpe y una maldición por parte de los guardias Imperiales. Él iba un paso por delante de los demás prisioneros nuevos. Su entrenamiento Jedi le había enseñado cómo anticiparse, cómo leer las pistas del cuerpo, como diría un Jedi, «Cómo ver sin mirar». Era capaz de introducirse en el flujo de la prisión sin perturbaciones.

También, como un Jedi, estaba planeando su escape. El único problema era la imposibilidad total de esto. Nunca había visto tantos guardias en una prisión. Podía ver pocas salidas. La propia prisión era un cuadrado dentro de un cuadrado. Las celdas estaban en el interior, y el comedor estaba en el cuadrado exterior, en una esquina. Salían cada día y marchaban por un túnel subterráneo hasta la fábrica. No parecía que hubiese ninguna instalación de lavandería y los prisioneros que habían estado allí algún tiempo parecían medio muertos y llevaban harapos.

Había visto al llegar, porque habían querido que lo viera, que la prisión estaba situada en un pequeño planeta con una densa jungla rodeándola. No había ciudades o espaciopuertos, sólo la pequeña plataforma de aterrizaje en el exterior de la prisión y un espaciopuerto más grande flotando dentro de la atmósfera interna.

Estaba claro que su única oportunidad de escapar dependería de la fábrica. Les forzaban a trabajar y los niveles de producción eran altos. Obviamente lo que estaban haciendo era más que un trabajo ajetreado; era importante para el Imperio. Eso significaba que habría un servicio regular de recogida y un servicio de entrega de suministros, muy probablemente la misma nave. Esa nave sería su escapatoria. De alguna manera.

Tendría que esperar a descubrir la rutina. Mantendría su cabeza agachada, seguiría las reglas, y no se haría notar.

Deseaba haber conservado su sable láser. Se lo había dado a Solace, sabiendo que se lo habrían quitado cuando le capturaron. No podría soportar la idea de que su sable láser, el sable láser que una vez había sido de Garen Muln, sería arrojado a una pila con cientos de ellos, yaciendo sobre el suelo en una sala de almacenamiento en el Templo. Había visto esa pila, cada sable láser representaba una vida, y había sido una visión descorazonadora.

Ferus adoptó el paso de los otros prisioneros arrastrando los pies. Intentó no sostener la mirada de nadie. No habló. Podía asegurar que el silencio le pondría los nervios de punta al cabo de un rato. Nunca se había considerado una criatura social, pero había caído

en la cuenta después de dejar la Orden Jedi que la vida en soledad no era para él. No le gustaba vivir dentro de su cabeza.

Los prisioneros se mantenían con raciones de inanición. Cuando habían llegado, cada uno de ellos había pasado por un bio-escáner que determinaba la nutrición mínima que necesitaban sus cuerpos para sobrevivir. Entonces sus comidas eran calibradas por droides y servidas individualmente. Eso les dejaba con la fuerza suficiente para trabajar.

Cuando llegó la comida de mediodía, estaban famélicos. Todavía tenían que caminar lentamente y permanecer en fila mientras deslizaban sus bandejas por un largo mostrador. Los droides servían la comida, escaneando primero la identificación en sus uniformes. Esto les daba la cantidad de nutrición para los prisioneros. Entonces usaban una máquina para servir alguna clase de puré harinoso y otra porción igualmente misteriosa de algo.

Aun así, era nutrición, y Ferus descubrió que se le hacía la boca agua. Comería cualquier cosa que le dieran, porque necesitaría su fuerza cuando llegase el momento.

El droide se dio la vuelta, metió una cuchara en una lata grande, volvió a girarse y lo depositó en la bandeja de Ferus. Después otra cucharada de la otra masa, fuera lo que fuera. A Ferus no le importaba. Comenzó a moverse hacia adelante arrastrando los pies, manteniendo la mirada en la nuca del prisionero que iba delante de él. Todos ellos se colocarían en largos bancos y mesas y tendrían algunos minutos para comer.

Estaba tan absorto en la idea de la comida —no podía recordar la última vez que había comido... debió ser en aquel bar roñoso en la corteza de Coruscant— que no estuvo alerta cuando repentinamente, el prisionero delante de él se giró y, con un movimiento suave, que debía haberlo hecho muchas veces, le quitó la comida a Ferus de su bandeja y la puso en la suya.

Pero aunque Ferus fue un poco lento, se dio cuenta. Vio de un vistazo que el prisionero era alto, con enormes pies y manos y una incipiente barba gris. En un destello relampagueante de reflejos, puso una rodilla en la parte baja de la cintura del prisionero y un brazo alrededor de su garganta. Al mismo tiempo, cogió la comida con la otra mano y la puso de nuevo en su bandeja.

El almuerzo podría ser asqueroso, pero no iba a perderlo.

El prisionero delante de él forcejeó con la presión de su garganta y tropezó. Su propia bandeja salió volando. Rápidamente Ferus liberó su agarre y cuando el guardia se giró ya estaba mirando al suelo, imitando agotado paso de los demás.

—¡Moveos! —El guardia alzó su pica de fuerza y la descargó en el hombro del prisionero. Éste cayó, tirando su bandeja mientras se desplomaba. A pesar de todo intentó alcanzar la comida, incluso con un brazo colgándole inutilizado. Maliciosamente el guardia alejó la bandeja de una patada para que no pudiese alcanzarla.

Ferus siguió caminando. Se comió su comida rápidamente. Había tenido suerte, decidió. La escena había terminado rápidamente y los guardias no le habían visto.

Los prisioneros se pusieron en fila otra vez para volver a la fábrica. Ferus sintió a alguien detrás de él y se dio cuenta de que era su compañero de celda.

—Eso fue un error. —El tono era bajo y gutural tras él.

Ferus habló bajo por el lateral de su boca.

—Al menos me quedé con mi almuerzo.

—Tu almuerzo es el menor de tus problemas, amigo mío. Acabas de enredarte con el Prisionero 67. Tus problemas acaban de empezar.

CAPÍTULO CINCO

Trever sintió el impacto del agua contra las costillas y los dientes. Perdió el aliento y la habilidad para pensar. Era como golpear un muro. Todo estaba negro, y perdió el conocimiento durante un momento.

De alguna manera, Oryon le mantuvo sujeto. Cuando recobró el conocimiento todavía estaba contra el cuerpo del Bothan. Caían en picado hacia el agua oscura. Podía sentir el largo pelo enredado de Oryon arremolinándose a su alrededor como serpientes de agua y fue consciente de un único pensamiento:

Arriba.

No quería morir debajo del agua.

Oryon comenzó a oponerse al impulso que los empujaba hacia abajo. Trever podía sentir el esfuerzo en cada músculo. Él mismo se sentía como si hubiese perdido el control de su cuerpo. Nunca se había sentido tan indefenso.

Sintió la lucha de Oryon por moverse hacia el aire. Movía sus poderosas piernas pero sus brazos todavía estaban alrededor de Trever. Con un esfuerzo enorme de voluntad, Trever se apartó y comenzó a patear por sí mismo. Oryon se agarró a uno de sus brazos, pero ahora con un brazo libre fue capaz de hacer más progresos. De este modo desequilibrado lograron abrirse camino hacia arriba.

Salieron a la superficie en un paisaje ardiente. Trever tragó aire que sabía a humo y a tela quemada. No sabía como nadar, pero fue capaz de mantenerle a flote por sí mismo, pateando en el agua frenéticamente. Soldados de asalto muertos y trozos de armadura blanca ensuciaban el agua, aunque la mayoría se habían hundido hacia el fondo.

—No te muevas tanto —dijo Oryon tratando de recuperar el aliento—. Acabarás agotado.

Trever descubrió que era capaz de mantenerse a flote sin usar tanta energía. No le gustaba el agua, nunca le había gustado, pero ahí estaba. La aceptación es la clave de la supervivencia. Realmente, podía ser la clave de todo.

Vaya, gracias, Feri-Wan, pensó Trever. Tal vez hay algo de esa cosa Jedi después de todo.

—Tenemos que encontrar a Solace —dijo Oryon.

Había sido una caída tremenda, pero no tenían ninguna duda de que ella estaba viva.

Descubrió que era capaz de avanzar detrás de Oryon. Dejaron atrás trozos de escombros flotantes, pero estaban demasiado calientes para tocarlos y no ofrecían un lugar donde descansar. Buscaron a Solace entre la negrura. Todo lo que Trever podía ver era material quemado y agua negra. El metal retorcido todavía colgaba en lo alto, amenazando con caer sobre ellos de un momento a otro.

—Por aquí —gruñó Oryon. Después de un rato de manotear, Trever vio lo que Oryon había divisado: Alguien agarrándose a un trozo de escombros.

El hombre estaba tan ennegrecido y ensangrentado que a Trever le llevó un momento darse cuenta de que era Keets.

—Pensaba que estabas muerto —dijo Trever mientras se abrían paso hasta él.

Keets abrió los ojos.

—¿Quieres decir que no lo estoy?

—Todavía no —dijo Oryon.

Keets estaba claramente exhausto y dolorido.

—Me deslicé hacia abajo por el andamio y caí al agua. Me sorprende que no me ahogara. Esto casi cae encima de mí. Probablemente es lo único que flota por aquí. Así que... ¿cuál es el plan?

—Encontrar a Solace —dijo Oryon—. Ella tenía que tener una ruta de escape.

—Eso no suena mucho a un plan —comentó Keets haciendo una mueca de dolor.

—Vale —dijo Oryon secamente—, ahora sé que vivirás. Ya me estás dando problemas.

Una onda en el agua oscura les hizo tensarse y acercarse al escombros. Trever sabía que todos pensaban en las gigantescas criaturas marinas que habían visto en la larga subida por las pasarelas cuando habían llegado. Sin duda las criaturas se habían sumergido más profundo para escapar del fuego en el agua, pero siempre existía la posibilidad de que una criatura curiosa, o hambrienta, regresase a por el almuerzo.

Entonces una cabeza oscura salió a la superficie y respiraron con alivio.

—¿Listos para salir de aquí? —preguntó Solace.

—Yo diría que sí —dijo Keets.

—¿Los demás? —preguntó Solace.

Oryon negó con la cabeza. La cara de Keets se tensó.

—Atacaron tan rápidamente —dijo—. Hume murió tratando de salvar a un grupo que habían rodeado. Rhya...

—La vi morir —murmuró Trever.

—Gilly y Spence fueron a la retaguardia. Ahí fue donde tuvo lugar la lucha más dura —dijo Oryon—. No pudieron haber sobrevivido. Y Curran quedó atrapado en una tormenta de fuego cuando incendiaron las casas.

Keets sacudió la cabeza.

—Pobre Curran. Sólo era un niño.

—Saldremos de aquí —dijo Solace—. Podemos llegar a mi transporte. No está lejos... —se detuvo repentinamente—. Esperad.

Les llevó algunos segundos más, pero lo oyeron: el sonido zumbante de un aerodeslizador. Se refugiaron detrás del escombros, agazapándose tras él mientras el vehículo plateado pasaba zumbando sobre sus cabezas y hacía un aterrizaje precario en una pasarela parcialmente colapsada directamente encima de sus cabezas.

—Malorum —susurró Solace.

El comandante de las tropas de asalto se apresuró, tratando de parecer determinado a pesar de que andaba con mucho cuidado. Estaba claro que no confiaba realmente en la pasarela medio derruida.

Podían oír las voces por encima de sus cabezas reverberando en las paredes de la caverna.

—Informe —restalló Malorum.

—Hemos perdido aproximadamente la mitad de nuestras fuerzas...

—No me importan sus pérdidas. ¿Dónde están los rebeldes?

—Arrasamos la comunidad, señor. Incluyendo a los Borrados que estábamos rastreando.

—¿Y esa llamada Solace?

—Muerta, señor.

—Muéstreme el cuerpo.

Solace dejó escapar el aliento.

—Ella... cayó, Inquisidor Malorum. Al mar.

—¿La vio caer?

—Sí, señor.

—¿La vio ahogarse?

—La vi caer al agua.

—¡Lleve algunas luces allí abajo! —rugió Malorum—. ¡Quiero un cuerpo!

En cuestión de segundos, potentes luces de halo comenzaron a barrer las oscuras aguas.

—Tenemos que nadar, y rápido —susurró Solace—. Bajo el agua. Oryon, coge a Trever y yo cogeré a Keets —les dio respiradores Aquata a Keets y a Trever. Oryon tenía el suyo.

—Nadie tiene que llevarme —protestó Keets, pero estaba claro que necesitaba ayuda.

—No discutas, me pone de los nervios —dijo Solace, pasando un brazo alrededor de su pecho—. ¿Listo?

Oryon pasó un brazo alrededor de Trever.

—Listo.

Respirando profundamente, se deslizaron bajo la superficie mientras las luces inspeccionaban el agua. Aparecieron más y más luces, penetrando en el agua, y Trever no veía cómo iban a escapar. Solace nadó más profundo, sus poderosas piernas pataleaban. De repente el fuego láser acribilló el agua delante de ellos. Algo explotó por detrás. Los soldados de asalto disparaban al agua al azar, probablemente siguiendo órdenes de Malorum. Y también estaban lanzando cargas explosivas.

Era imposible, pensó Trever, moverse a través del agua fría con Oryon. El agua estaba tan fría que apenas podía sentir los pies o las manos. Sabía que su cuerpo le estaba fallando. Solace continuaba avanzando hacia adelante, pero él podía sentir como se cansaba Oryon. Ni siquiera un Bothan podía mantener el ritmo de un Jedi. Y ahora también había muchas luces como para llegar a la nave de Solace sin ser vistos.

No sabía cómo encontró la fuerza para seguir, pero ver la fuerza de Solace le ayudó en cierta medida. Cuando ella les sintió flaquear, nadó tras ellos y enganchó un cable en

el cinturón de Oryon, después nadó hacia adelante, Keets en su espalda tenía los ojos cerrados. Con un esfuerzo inmenso, tiró de todos ellos a través del agua.

Cuando finalmente salieron a la superficie, estaban lejos de la plataforma en la que los soldados de asalto estaban buscando. Podían ver las luces jugar en el agua a lo lejos, a través del túnel.

Solace volvió la mirada hacia la comunidad demolida.

—Lo siento —dijo Oryon.

—Esté bien —dijo Solace—. Nada dura para siempre. Me preparé para este día. Si no hubiese estado ausente, podría haberlos sacado a todos. Tenía un plan... pero ellos tenían un espía. Era Duro. Mi asistente de confianza. Tuvo que ser él. Se acercaron a él, le ofrecieron dinero, le amenazaron, y estuvo de acuerdo en traicionarnos. Era el único a parte de mí que conocía el sistema de alarma. Debí apagarlo.

—Me temo que tienes razón —dijo Oryon—. Vi como le daban a Duro un deslizador en el que escapar.

La boca de Solace se tensó mientras miraba fijamente el humo y el fuego. Se giró hacia ellos, su cara estaba ahora inexpresiva.

—Así que ya lo veis, fue mi error lo que los mató. Confié en él.

—Siempre hay una razón para ser sólo dos los que comparten información —señaló Oryon—. Alguien más y aumentas enormemente el riesgo de traición. Es la primera regla de una resistencia. La información no se comparte.

—Lo sé. Escogí a la persona equivocada en quien confiar.

—Los traidores existen en todas partes.

Solace hizo un movimiento impaciente, reticente a seguir la discusión.

—¿Keets, estás consciente?

—Por supuesto que estoy consciente —gruñó él—. ¿Me perdería toda la diversión?

—¿Puedes seguir un poco más? Todos tendréis que nadar por vosotros mismos unos veinte metros. Tengo una nave doble escondida bajo el agua, pero tengo que llegar allí sola. Mi último recurso. Supongo que lo hemos alcanzado.

Keets fue capaz de sonreír pálidamente.

—Si alguna vez hubo un último recurso, es éste.

—Ayudaré a Keets también —dijo Oryon.

Trever hizo una promesa en silencio de que si se ponían a salvo, de alguna manera aprendería a nadar. Se sentía como un pájaro recién nacido, agitando sus brazos y piernas, intentando desesperadamente propulsarse a sí mismo. Estaba haciendo progresos, pero a cada instante estaba seguro que si no hubiese estado atado a Oryon, se habría hundido.

Oryon se movía ahora más lentamente, más pesadamente a través del agua, ensillado con Keets y Trever. Solace había desaparecido. Trever vio cómo se esforzaba Keets para hacerse más ligero en el agua, manteniéndose en movimiento. El esfuerzo, vio Trever, le agotaba. La piel de Keets estaba tan amarillenta que brillaba como una luna pálida. Su boca estaba tensa sobre sus dientes en una mueca. Se estremecía incontrolablemente. Aun

así, continuaba moviendo las piernas, nadando hacia la seguridad, forzando su cuerpo más allá de su resistencia.

Justo cuando Trever pensaba que gustosamente se rendiría y se hundiría bajo las frías aguas, vieron un destello de duracero y de repente la nave estelar estaba por encima de ellos, revoloteando. Podían ver a Solace en el asiento del piloto. La rampa descendió, justo sobre la superficie del agua, y Oryon empujó a Keets encima de ella. Éste logró gatear hacia adelante hasta que Solace llegó hasta él, le recogió fácilmente, con cuidado, y le llevó a bordo.

Trever sintió el empujón de Oryon y gateó sobre la rampa torpemente, como si tuviese pezuñas en vez de pies. Llegó tambaleándose a la cabina del piloto. Oryon le siguió. Había abandonado sus botas en el agua y estaba descalzo, sus peludos pies estaban ensangrentados. Cayeron más que sentarse en los asientos de la cabina. Solace había colocado a Keets en una litera.

Sin una palabra, activó los motores y salieron disparados a través de la caverna. Trever no sabía hacia dónde se dirigían... y estaba demasiado exhausto para preocuparse.

CAPÍTULO SEIS

Escapar sería genial ahora mismo. Ojalá Ferus pudiese descubrir cómo lograrlo. Sin un sable láser, tendría que ser mucho más ingenioso. Y ese, por supuesto, era el problema. Estaba quedándose rápidamente sin recursos. Incluyendo su propia fuerza.

Ferus llevaba allí sólo dos días, pero ya sentía los efectos de la falta de sueño, la comida insuficiente, y el aplastante trabajo repetitivo.

Todos los días marchaban a una fábrica. Ferus podía ver que había sido construida recientemente, quizá poco después de que Palpatine se hubiese declarado a sí mismo Emperador. Había sido levantada precipitadamente, por lo que ya había grietas en el suelo y en el techo, grietas que dejaban pasar una lluvia picante y una andanada de insectos gordos y hambrientos con fuertes pinzas que sacaban sangre.

Si te sobresaltabas, recibías un golpe de los guardias, así que aprendías a no sobresaltarte nunca. Trabajabas.

Ferus no sabía lo que estaban fabricando, sólo que era una pieza de algo más grande. Los internos se cambiaban día tras día de una tarea a otra. ¿Estaban trabajando en armas? ¿Maquinaria? ¿Droides? Las partes eran demasiado pequeñas o demasiado confusas para saberlo. Había murmullos acerca de un «arma definitiva» pero Ferus no podía descubrir qué podría ser.

De vez en cuando sacaban prisioneros de la línea y se los llevaban, y nadie volvía a verlos de nuevo. Ferus sabía que sus días estaban contados. Moriría a capricho de Malorum. Lo más probable es que el Inquisidor estuviera retrasando su ejecución sólo para hacerle sufrir.

Ahora todo el mundo le evitaba. Su compañero de celda planeaba fingir una enfermedad para ir a la enfermería. Ferus habló con él poco antes de que apagarán las luces.

—Pero dijiste que nadie que es trasferido allí vuelve a salir —le recordó Ferus a su compañero de celda en un susurro.

—Prefiero morir por una inyección en el brazo de un droide médico antes que quedar atrapado en un fuego cruzado contigo —respondió.

—Escucha —dijo Ferus—, puedo manejarlo. Y no tengo intención de morir aquí.

Su compañero de celda le miró, su mirada cansada era pesarosa.

—Eres uno de esos que piensan que pueden escapar. Razón de más para que me vaya. Eres problemático porque no lo piéllas. No hay forma de salir.

—Siempre hay una forma de salir.

—Bueno —el compañero de celda estiró sus piernas y se rió—. Tú tienes tu forma y yo tengo la mía.

Su risa, para Ferus, era el sonido más solitario de la galaxia, un viento de invierno en un mundo de altos desiertos. Podía oír en esa risa el sonido de alguien listo para morir.

Cuatro guardas vinieron y le escoltaron a empujones. Ferus le vio marcharse con pesar. Tenía la sensación de que en otra vida, habría apreciado la compañía de su compañero de celda. Nunca había sabido su nombre.

Por la mañana. O, al menos, suponía que era por la mañana. No había visto el sol desde que llegó. O la luna o el cielo. Todo ese duracreto estaba empezando a afectarle. Estaba atrapado en un mundo de roca gris. Podía ver a su alrededor cómo los tonos de la piel de los demás, incluso la piel azul o verde de otras especies, estaban volviéndose grises.

Esperó al sonido de la cerradura automática que chasqueó simultáneamente en todas las celdas. Se esperaba que se pusieran en la fila en tres segundos o se encontrarían con la punta de una pica de fuerza incrustada en sus costillas.

Se puso las botas y se quedó junto a la puerta, esperando. Hoy, decidió. Hoy algo tenía que cambiar. Tenía que encontrar algo... un punto débil en la cadena, un guardia descuidado, una puerta no vigilada. Hoy sería el primer día hacia la escapatoria.

Las cerraduras resonaron; el principio de otro día agotador.

Ferus salió al corredor y ellos se echaron sobre él inmediatamente. No había sentido ninguna advertencia de peligro.

El prisionero 67 y cinco de sus esbirros le rodearon en bloque y le llevaron hacia adelante en la fila. El prisionero 67 se deslizó inmediatamente detrás de él. Por el rabillo del ojo, Ferus vio que las enormes manos de 67 estaban colocadas para rodearle la garganta. Mientras tanto, sin ser vistos por los guardias, los otros cuatro se acercaron más a Ferus, manteniendo sus brazos sujetos a los costados. Podía sentir la fuerza sorprendente de su agarre. Obviamente robar la comida a otros internos tenía sus ventajas.

Ferus entendió su problema inmediatamente, en un instante eso le mostró cada opción, recordando su entrenamiento Jedi. No tenía arma. No tenía medios para escapar, pues si se salía de la fila los guardias le matarían tan fácilmente como a un gusano, había visto cómo ocurría.

Si peleaba con el Prisionero 67, lo que, por supuesto, tenía intención de hacer, estaba seguro que los esbirros de 67 simplemente se harían a un lado, romperían el escudo, y observarían como los guardias se llevaban a Ferus.

Atacar a otro prisionero podría reportar varios resultados diferentes, todos ellos malos. Podías ser sacado para ser torturado o simplemente ejecutado en el acto. Todo dependía del humor de los guardias. Y siempre estaban de mal humor.

Todo esto pasó rápidamente por la mente de Ferus en menos tiempo que le llevó al Prisionero 67 colocarse directamente detrás de él. Las manos de 67 se alzaron grandes y carnosas las capaces de aplastar la tráquea de Ferus.

Ferus decidió usar un método de combate Jedi, lo que uno de sus instructores había llamado «atacar hacia atrás». Desviaría un movimiento ofensivo y pelearía con su atacante sin girarse si quiera para encararle. Divertido en un aula peleando contra otros

Pádawans, pero en cierta forma en una prisión brutal donde cualquier cosa podía suceder... no era tan divertido.

Ferus hizo una torsión repentina y un rápido golpe seco con los brazos, aflojando el agarre de los prisioneros colocados a su lado. Pero 67 fue igual de rápido. Un grueso antebrazo rodeó su garganta. Ferus sintió que su visión se volvía gris.

Repentinamente por el rabillo del ojo vio algo, un parpadeo, un destello, que se tradujo rápidamente en la visión de una datacard de plastoide volando por el aire con velocidad increíble y girando. Su velocidad era tan rápida que era casi invisible. Ferus se agachó y golpeó al Prisionero 67 en mitad de la frente. Sus ojos se pusieron en blanco y cayó pesadamente.

Los guardias escucharon el golpe y se abalanzaron hacia el sonido, pero cuando llegaron hasta allí Ferus ya había avanzado algunos pasos. Incluso los esbirros, aunque aturcidos, pudieron mezclarse con la muchedumbre.

Los guardias indiferentes sacaron el cuerpo a rastras.

Ferus inspeccionó la muchedumbre sin que pareciese que miraba, una técnica Jedi. Quienquiera que fuese su rescatador no podía verle. Se había reincorporado a la multitud. Ferus podía ver también los ojos de otros prisioneros moviéndose, buscando. Nadie había visto la fuente del ataque silencioso.

Perplejo, Ferus marchó hacia el interior de la fábrica con los demás. Otro día de penoso trabajo.

Otra comida asquerosa.

Pero ahora tenía algo que no tenía antes. Sólo uno pocos en la galaxia tenían la habilidad y el conocimiento para convertir una datacard en un arma mortal, que pudieran lanzarla desde esa distancia sin ser vistos.

Uno de ellos era amigo suyo.

Era casi el final del día, mientras estaba de pie junto a una ruidosa máquina, alimentándola con trozos de duracero crear planchas continuas e intentando no cortarse los dedos en el proceso, cuando escuchó una voz familiar directamente detrás de él.

—Supuse que te encontraría aquí, Olin. Pensaba que preferías las reuniones más elegantes.

Ferus sonrió sin girarse.

—Tu tipo de lugar, Flax —murmuró muy bajo.

Su rescatador había sido exactamente el que había esperado que fuera. Clive Flax, el músico de clase baja. Espía industrial. Agente doble.

Las cosas estaban mejorando.

CAPÍTULO SIETE

Los pasajes eran tan estrechos que tuvieron que abandonar el deslizador, escondiéndolo detrás de alguna máquina compactadora de basura. Pensaban que no podrían dar un paso más, pero Oryon, Solace, Keets, y Trever continuaron caminando. Trever no podía recordar la última vez que había dormido o comido. El tiempo era un borrón, y la fatiga le calaba los huesos.

Solace había caminado sin rumbo por los niveles de Coruscant, esperando activar cualquier vigilancia posible para que ella pudiese identificarla. Sólo cuando estuvo segura de que no estaban siendo rastreados siguió las instrucciones de Oryon hacia el escondite secreto de Dexter Jettster.

Estaba en las mismas afueras del Distrito Naranja. El distrito había recibido su apodo cuando sus habitantes habían cambiado continuamente las luces blancas por otras naranja, a pesar de los esfuerzos de los Servicios Públicos de Coruscant por conservar las claras luces blancas pretendiendo desalentar el crimen. Aquellos del Distrito Naranja no se preocupaban mucho por el crimen. Preferían el tenue fulgor de privacidad.

Sólo habían pasado unos días desde que Trever había estado allí con Ferus por primera vez, buscando a Dexter Jettster y esperando que éste pudiera darles información sobre un Jedi desaparecido. Ahora parecía toda una vida.

Oryon los conducía por un callejón estrecho bajo la extraña luz naranja. Los edificios allí estaban lisamente redondeados en las esquinas y de no más de diez o doce pisos de altura, inusual en Coruscant. Daban la impresión de suaves colinas si los mirabas de reojo, pero si los mirabas realmente, te dabas cuenta de que la falta de ventanas los hizo parecer espeluznantes. Trever podía ver las rendijas en las paredes que servían como mirillas. Tenía la fuerte sensación de ser observado.

Cada vez que pensaba que habían llegado al final de un callejón, éste giraba en otra dirección o se doblaba hacia atrás sobre sí mismo. Los edificios parecían colgar sobre ellos cada vez más cerca mientras caminaban.

En Coruscant te acostumbrabas al ruido constante, al zumbido de deslizadores, conversaciones y al aleteo de aerobuses. Aquí la tranquilidad era inquietante. Podían escuchar sus pisadas y su respiración. Oryon se detuvo delante de una vivienda idéntico a todas las otras que habían pasado. Vaciló en el exterior de la puerta. Trever estaba a punto de preguntar por qué cuando se dio cuenta de que Oryon estaba dejando que quienquiera que estuviera dentro le viese claramente, así como a sus compañeros. Entonces caminó hacia adelante e introdujo un código en la puerta. Ésta se deslizó, abriéndose casi inmediatamente.

Entraron en un pasillo alumbrado tenuemente por luces de baja potencia. Una rampa conducía a un nivel superior; Oryon la subió, indicándoles que le siguieran. Caminó por otro pasillo, éste más ancho, pero con una extraña combinación de objetos médicos y militares. Un carro de duracero descansaba contra una pared y había una pila de armas

pulcramente colocadas en un estante. Una estantería de medicamentos descansaba sobre una bandeja. Trever no sabía si estaba en un hospital o unas barracas.

Oryon accedió a una puerta en mitad del pasillo. Dexter Jettster estaba sentado en una silla que había sido reforzada para soportar su peso. Contra una pared había una única mesa vacía. La lejana pared opuesta estaba llena enteramente de pantallas de seguridad. De un vistazo, Trever podía ver que cubrían eficazmente todo el callejón, el tejado, las casas de al lado, el cielo sobre ellos, y la entrada al callejón, a dos kilómetros de distancia.

Dexter se levantó de la silla y agachó la cabeza, ladeándola hacia ellos de una forma que Trever recordaba de su último encuentro. Era señal de la rendición de Dex ante una profunda emoción.

—Me alegro de veros —asintió hacia Solace—. Me hace feliz ver que habéis sobrevivido —los escudriñó—. Pero no todos vosotros habéis conseguido regresar.

Oryon habló primero.

—Sabemos que Rhya y Hume están muertos. Gully y Spence creemos que sí. Y Curran también.

Dex sacudió la cabeza.

—No, no, no el astuto Curran. Él no está muerto.

—Lo siento —dijo Oryon—. Es imposible que pueda haber sobrevivido...

—¿Imposible? No. Improbable, sí. Está aquí, un poco peor vestido. Robó un deslizador imperial y chocó contra un muro con algo de fuerza, pero estará bien. Parecía estar un poco como Keets cuando llegó. Vamos pues. Tengo un centro médico, si se puede llamar así. Un droide médico para que cuide de Keets, y comida para todos.

Dex les guió hacia una pared en blanco y ondeó su mano sobre un pedazo de ella. La pared se deslizó hacia atrás.

Curran estaba sentado en una cápsula médica mientras un androide comprobaba sus signos vitales. Su cara peluda se iluminó cuando los vio.

—¡Keets! Vi como te disparaban.

—Pueden dispararme, pero no pueden matarme —contestó Keets.

El droide médico se acercó rodando, sus sensores parpadeaban.

—Signos vitales débiles. Siéntese en la cápsula.

Keets se dirigió hacia una cápsula al lado de Curran y se sentó.

—Con mucho gusto.

—Te dejaremos con él —dijo Dex—. Si te permite unirme a nosotros, estaremos en la cocina.

—Me dará permiso —prometió Keets.

—Negativo, signos vitales demasiado débiles —dijo el androide.

—Me darás permiso, rechinante y despiadado pedazo de sensores —dijo Keets—. Ahora arrégrame y rápido. —Se recostó y cerró los ojos, rindiéndose finalmente al cansancio excesivo y al dolor.

Después de que llegasen al pasillo, Dex se rió entre dientes.

—Parece medio muerto, ese Keets, pero apuesto a que estará de nuevo en pie inmediatamente. Ahora venir por aquí. He estado cocinando mi receta especial, y todavía puedo servir algunos sliders.

Trever apartó su tercera porción. Dex había insistido en que no discutieran lo que estaba ocurriendo mientras comían, y aunque había sido duro para todos ellos, habían conseguido comer algo sin que se les revolviere el estómago. Trever seguía preocupado por Ferus, furioso y asustado, pero al menos había conseguido comer. Dex los había deleitado con historias durante su comida, historias acerca de la calle en la que estaban viviendo. Se llamaba el Callejón del Maleante, usando la jerga de los subniveles de Coruscant para malhechores y ladrones. Nadie del exterior estaba realmente seguro de quién vivía allí; la mayor parte guardaban la distancia.

Dex, sin embargo, sabía quién vivía aquí. Algunas personas de las clases bajas, seguramente, dijo riéndose levemente, pero la mayoría eran como los Borrados, aquellos que despreciaban lo que representaba el Emperador y rehusaban vivir bajo sus reglas. Así que colocaron una elaborada red de seguridad y hasta ahora el Imperio los había dejado en paz.

—Por supuesto no podemos luchar contra ellos —dijo Dex—. Pero les veremos venir.

—Ojalá pudiese decir lo mismo —dijo Solace.

—Bueno, basta de esto —dijo Dex amablemente—. No mirar atrás, ¿no es esa la forma Jedi?

—Algo así —contestó ella. Su mirada estaba perdida.

—Hrrun... ¿entonces qué hacemos ahora? ¿No sabéis dónde llevaron a Ferus?

—Sólo que fue arrestado. —Trever sintió que su estómago se tambaleaba. No debería haber comido todos esos sliders después de todo. Ahora le parecían amargos en su estómago.

Una de las cuatro manos de Dex cayó encima de su hombro con sorprendente delicadeza.

—No hay un lugar en la galaxia donde no podamos encontrarle, así que no te preocupes.

—Eso es cierto —dijo Solace—. Comenzaremos con prisiones probables y seguiremos desde allí. Necesitaremos transportes; no tengo un hipermotor en mi nave.

—Transportes podemos conseguirlos —dijo Dex.

—Ese es un plan aleatorio —señaló Trever—. Para cuando le encontréis, podría haber sido ejecutado una docena de veces. Lo que necesitamos es información.

Solace le miró, sorprendida. No estaba acostumbrada a ser cuestionada, supuso él. Pero si un plan era estúpido, alguien tenía que decirlo, en su opinión.

—¿Tienes una idea mejor? —preguntó ella, mirándole por encima del hombro.

Trever sintió arder su irritación.

—Dame sólo un minuto, no será difícil.

—Esperad un momento —dijo Dex—. Solace, con el debido respeto, Trever tiene razón. Si vas de prisión en prisión, podría llevar años. El Imperio tiene más prisiones que garrapatas tiene un bantha. Lo que necesitamos es infiltración.

Trever notó que Curran y Keets habían entrado silenciosamente en la habitación. Curran parecía más fuerte, su pelo lustroso, ahora liso y sujeto en la nuca con un grueso anillo metálico. Su pequeña cara peluda estaba alerta. Keets tenía un vendaje de bacta en un costado y puso una mueca de dolor al sentarse en una silla.

—Es hora de exponerse —dijo Dex.

Miró a Oryon, a Keets, y a Curran.

—Hemos perdido buenos amigos en este día —continuó—. Los otros Borrados han pasado a la clandestinidad otra vez. Tengo un bonito lugar aquí, y sois bienvenidos a compartirlo. Sería seguro, os lo garantizo, al menos hasta que el Imperio tenga ganas de buscarnos. Entonces encontraremos otro. Pero... —Dex hizo una pausa—. Es hora de unirse a la lucha, amigos míos. Luchar significa que tenéis que arriesgaros a ser expuestos. Necesitamos volver a la superficie.

Curran asintió.

—Estaba pensando lo mismo.

—Todavía tengo mis contactos en el Senado —dijo Keets.

—Y hay unos cuantos incluso entre los oficiales de la Armada Imperial que no les gusta lo que son —añadió Oryon—. Podrían hablar.

—Yo también tengo amigos a los que puedo preguntar —dijo Dex—. Si hacemos esto, podríamos atraer la atención de los Inquisidores. Vendrán a buscarnos, sin duda.

Los otros asintieron. Correrían ese riesgo.

—¿Pero por qué? —preguntó Trever—. Apenas conocéis a Ferus. Acabáis de conocerle hace unos días.

—No importa —dijo Dex—. Ahora todos somos soldados en la misma lucha. Arriesgaremos lo que tengamos que arriesgar por los nuestros.

Trever miró a Dex agradecidamente. Sabía que Ferus estaría emocionado por su ayuda. Sólo esperaba que Ferus viviese lo suficiente para verlo.

CAPÍTULO OCHO

Esa noche, la puerta de la celda de Ferus se abrió y los guardias lanzaron un cuerpo al interior. Ferus se sentó, apoyándose en los codos. La puerta se cerró y Clive se estiró de su doblada posición. Se quitó el polvo de su sucio mono de prisionero.

—No sé por qué tienen que hacer eso —dijo.

—¿Cómo lo has conseguido? —murmuró Ferus.

—Hay una lógica escalofriante en este régimen —contestó Clive en voz baja, colocándose al lado de Ferus. Habían pasado al menos dos años desde la última vez que Ferus le había visto. Estaba más delgado, y su grueso pelo negro estaba rapado. Sus ojos azules tenían oscuras manchas debajo de ellos. No obstante, todos ellos parecían mayores.

—Cuando gobiernas mediante el miedo, todo el mundo te tiene miedo —dijo Clive, recostando la espada y apoyando el tobillo sobre la rodilla—. Esto puede tener sus ventajas. Obviamente. Quiero decir, están al mando de la galaxia, ¿verdad? Pero esto puede ofrecer ventanas de oportunidad para tipos como yo. Por lo tanto. Hay un socio en la sección de trabajo de datos, no un tipo Imperial, sólo un civil con un trabajo. Tenía un problema leve con su programa, y le vi sudar. Si aquí echas a perder el trabajo, consigues una bota en la cara y una transferencia a algún lugar peor. ¿Aturde ese concepto la mente o qué? Así que lo arreglé para le a escondidas. Me debía un favor. Es este.

—¿Y para qué estás aquí adentro? —preguntó Ferus.

Clive estiro las piernas.

—Estaba escondido bajo una de tus excelentes identidades falsas, gracias por no cobrarme nunca, por cierto, cuando vi una oportunidad que no podía dejar pasar.

—No me digas. ¿Un poco de espionaje? ¿Un pequeño robo de un secreto industrial?

Clive sonrió.

—Algo de eso. Lo siguiente que supe es que estaba siendo arrestado. Me lanzaron contra un muro y me pusieron esposas. Rastrearon mis documentos de identificación y de alguna manera en despliegue de su eficiencia habitual descubrieron quién era. Ese fue tercer acto de esta ópera espacial, compañero. Una vez que consiguieron mi nombre real, me tuvieron. Caí al fuego. Fin.

Pero no era el fin. Ferus conocía lo suficiente a Clive para saber eso. Él y su socio Roan ofrecían sus servicios a chivatos, seres que sacaban a la luz la corrupción y después descubrían que la ley no les protegía. Roan y Ferus creaban nuevas identidades para los chivatos y sus familias y también ofrecían protección mientras se establecían en nuevos mundos. Clive no había necesitado su protección, él había desarrollado su propio estilo de defensa, con habilidades asombrosas que Ferus nunca había visto fuera del Templo.

Usando sus habilidades como músico, a menudo había pasado desapercibido en bares o fiestas mientras estaba recogiendo información o robándola. Era una forma de vida, diría él encogiéndose de hombros. Una vez que las Guerras Clon empezaron, vio que sus habilidades podían ser comercializables. Ferus había pensado en él inmediatamente

después de que le hubiesen puesto a cargo de una operación en el planeta Jabor. Había reclutado a Clive y le había enviado encubierto a una base separatista a trabajar como agente doble. Como consecuencia, Ferus había sido capaz de desarticular una red de espionaje separatista que había operado a lo largo de todo el Borde Medio. Esto no había ganado la guerra, pero eso había salvado vidas.

Si había alguien en la galaxia al que querría para guardarle las espaldas, con excepción de Roan u Obi-Wan, ese era Clive Flax.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Ferus.

—¿Qué plan?

—El plan de escape. Sé que tienes uno.

—Estás en lo cierto —admitió Clive fácilmente—. Sólo necesito un cómplice. La galaxia me sonrió el día que vi aquí tu feo semblante. Por eso te mantuve con vida.

—¿Quieres decir que sólo salvaste mi vida para poder usarme?

—Por supuesto, compañero. Ya sabes que sólo pienso en mi dulce ego. —Clive le sonrió.

—Cuéntame el plan —dijo Ferus—. No me importa lo que sea, me apunto.

—He estado robando cosas durante meses —dijo Clive. Busco dentro de su mono y sacó varios objetos colocándolos en el duro suelo.

Ferus los miró dudosamente.

Un servomotor.

Una cuchara.

Un dispositivo de contención de droides.

Un puñado de trozos de duracero.

—¿Con esto es con lo que vas a fugarte de prisión?

Clive cogió uno de los pequeños pedazos.

—¿Ves esto? Pon un pequeño objeto en una pieza del equipo de forma adecuada y puedes desactivarlo. Desactiva algo y habrás conseguido una distracción. Algunas veces eso es todo lo que necesitas —volvió a dejar el trozo de metal con algo así como cariño—. Además, también tenía una datacard de plastoide, pero tuve que usarla para salvarte el cuello. La nave de transporte viene mañana a por la nueva carga. ¿Estás dentro o fuera? —Ferus lanzó otra mirada al variopinto grupo de objetos. Sí, no parecían ser mucho. Pero Clive le había salvado la vida con una datacard.

—Estoy dentro —dijo él.

CAPÍTULO NUEVE

Malorum estaba sentado en la cabina de su nave privada, en una de las plataformas de aterrizaje de Polis Massa.

Había demasiados hechos inconexos en su cerebro. Estaba acostumbrado a catalogar hechos y sacar conclusiones rápidamente, así de listo era, pero ahora sólo sentía confusión. Odiaba la confusión.

Piensa, se dijo a sí mismo con impaciencia.

Sospechaba que habían tratado allí a la senadora Amidala, pero no podía encontrar ninguna prueba de ello.

Uno de sus mejores agentes, Sancor, había muerto allí. Según el jefe de operaciones del centro médico, Maneeli Tuun, Sancor había caído «accidentalmente» de una plataforma de observación y había aterrizado sobre algunos instrumentos quirúrgicos letalmente afilados.

Un accidente. ¿Le tomaban por tonto?

Una fuente le había dicho que había sido un Jedi el que llevó el cuerpo de Amidala a Naboo. Por supuesto la galaxia creía que el Jedi había matado a Amidala, pero Malorum sabía que era una mentira inventada para difamar a los Jedi. Eso no le importaba. Sólo le importaba lo que ocurrió realmente, porque era información que Darth Vader no tenía. Y cualquier información que Vader no tuviera podía ser usada en su contra.

El funeral.

Malorum tamborileo con sus dedos en el panel de instrumentos de la cabina. El funeral se había organizado de prisa. Para una gente tan ceremonial, quizá demasiado deprisa.

Se inclinó sobre el ordenador de navegación. Introdujo un curso hacia Naboo. Su trabajo allí había acabado. No había encontrado nada.

El instinto le decía que sus respuestas yacían allí, no con Ferus Olin. Daría la orden de ejecución. La galaxia tendría un simpatizante Jedi menos.

Eso sólo podía ser una mejora.

CAPÍTULO DIEZ

Trever caminaba por el pasillo de un almacén, en medio de altos bloques de basura. El olor era abrumador. Podía ver los gordos gusanos blancos, tan largos como su brazo reptando a través de los desperdicios.

Los trabajadores de muchas especies se afanaban sin parar, metiendo la basura con palas en una máquina que la transformaba en cubos y la saneaba. Llevaban puestas mascarás y guantes, pero Trever no podía imaginarse que eso sirviese de algo contra el olor o la sensación de la basura.

—Te dije que lamentarías seguir adelante —le dijo Keets.

—No está tan mal —dijo Trever—. Deberías haber visto el dormitorio de mi hermano.

La broma se escapó antes de que pudiese detenerla. Keets le dedicó una rápida mirada. No había mencionado a su familia antes. Nunca mencionaba a su familia. Sus vidas, sus muertes, eran asunto suyo.

Odiaba pensar en ellos. Intentaba no hacerlo. Era difícil viniendo de una familia de héroes y mártires. Su madre, su padre, y su hermano habían luchado contra el Imperio. Todos ellos habían sido asesinados. Él no tenía intención de terminar como ellos, si podía evitarlo.

Sentía el hormigueo en Keets por hacer otra pregunta, era un periodista, después de todo, pero Keets no dijo nada, sólo continuó abriendo la marcha por el pasillo de la instalación hacia el amigo que él llamaba Davis Jones.

Keets había puesto a Trever al tanto acerca de los antecedentes mientras cogían un aerobús cincuenta niveles por encima de la instalación. Davis Jones había sido un administrador influyente y poderoso de Coruscant. Había permanecido neutral durante las Guerras Clon, pero no podía esconder su aversión para las nuevas regulaciones del Imperio. Un día se enfrentó con el nuevo liderazgo Imperial e instantáneamente fue reasignado al servicio de basuras.

Le encontraron al final de la fila, usando una servopala para recoger los trozos de basura que se habían caído las pilas. Llevaba puesta una bandana naranja brillante alrededor de la cabeza y botas hasta los muslos. Sus cejas se alzaron rápidamente sobre su máscara cuando vio a Keets.

—¿Vienes a echarme una mano? —preguntó.

—Creo que pasaré.

—Desapareciste.

—Pensé que podía ser una buena idea en ese momento.

—¿Por qué has regresado?

—La historia de siempre. Echaba de menos todo esto.

Keets levantó los brazos para abarcar las torres de basura.

—Vamos, no podemos hablar aquí, hay espías en todas partes. —Davis se quitó los guantes y los lanzó encima de una pila de basura hedionda.

Le siguieron a través de una puerta verde hasta un patio exterior. Trever respiró profundamente el aire más fresco, intentando no hacerlo obvio. Desafortunadamente, Davis olía casi como la basura que manejaba. No había aire fresco a su alrededor.

Davis notó que Trever se apartaba ligeramente.

—Riesgo ocupacional —le dijo. Con un suspiro, se sentó en un cono de permacreto que le sirvió de taburete—. Me alegro de ver una cara de los viejos días, de todas formas —dijo.

—Me diste algunas pistas geniales en el pasado —dijo Keets—. ¿Todavía sigues conectado?

—Claro, todavía tengo los dedos puestos en el pulso de los altos movimientos senatoriales —dijo Davis con media sonrisa—. Simplemente no puedo evitarlo. Es alucinante ver el debate de los senadores sobre cuántos metros de ancho debe tener la bandera de Coruscant mientras el Emperador planea más muerte y destrucción.

—Entonces dime: ¿Dónde envían a los prisioneros políticos? ¿Lo peor de lo peor?

—¿No querrás decir lo mejor de lo mejor?

Keets inclinó la cabeza, concediéndole el punto.

—He oído acerca de un nuevo planeta prisión. Dontamo. Una prisión de trabajo. La mayoría de la élite de los prisioneros es enviada allí. Si conocéis a alguien que haya acabado dentro de sus paredes, olvidadlo. Todo el mundo trabaja y todo el mundo muere.

Trever enlazó las manos detrás de la espalda y las apretó, intentando no creerlo.

—No es seguro aquí —le dijo Davis a Keets, mirando repentinamente a su alrededor—. Es mejor que os vayáis. Hay al menos tres trabajadores que pasan información. Esos son los que conozco. Vuestra imagen fue tomada cuando entrasteis; la pasarán a seguridad si uno de los trabajadores les avisa, lo cual harán.

—Ya estoy en la lista negra de Malorum —dijo Keets—. Dudo de que pueda empeorar.

—Bueno, estás de suerte. Está en Naboo en este momento, o eso he oído. Pero será mejor que desaparezcáis de todas formas.

Keets se giró para marcharse. Entonces se giró otra vez.

—¿Por qué te quedas?

—Me han echado de todas las profesiones excepto de ésta. Tengo niños —apretó los puños y les miró fijamente, sus ojos estaban sanguinolentos, su cara tenía manchas rojas por la exposición a las toxinas de la basura—. ¿Qué más puedo hacer?

Cuando Trever y Keets regresaron, Oryon y Curran estaban hablando con Dex. Solace estaba estudiando una carta estelar holográfica.

—Conseguimos un contacto en el control aéreo —dijo Oryon—. Una nave dejó la plataforma de aterrizaje de una prisión de alta seguridad de Coruscant ayer. Se dirigió al sistema Radiant Uno.

—Hemos estado leyendo las cartas estelares —dijo Dex—. Podemos estrechar la búsqueda hasta quince prisiones aproximadamente. Radiant Uno es un sistema grande, mucho más allá del Núcleo.

—Estamos probando teorías probables, tratando de ordenarlas por importancia para que sepamos por dónde comenzar —añadió Curran.

Trever miró a Keets. Ya habían buscado Dontamo en las cartas estelares. Estaba en Radiant Uno. Ésta era la confirmación que necesitaban.

—No necesitáis buscar más —les dijo Keets a los demás—. Sabemos dónde está —se acercó a la carta estelar y señaló con el dedo—. Aquí.

—Hay algo más que deberíais saber —dijo Dex a regañadientes—. Se ha aprobado una orden de ejecución para Ferus.

El silencio llenó la habitación repentinamente. Trever cerró los ojos cuando los sintió arder. Otra vez no. Otra vez no. Otra vez no.

No alguien por el que se preocupaba muriendo a manos del Imperio.

—No —dijo ferozmente, asombrado de que hubiese hablado en voz alta—. Llegaremos a tiempo.

—Puedo hacerlo en medio día —dijo Solace.

—Vamos contigo —dijo Oryon y Curran al mismo tiempo.

Solace les miró, sorprendida.

—Estamos empezando a ver las cosas claramente —dijo Keets.

—Es como nos dijo Dex —dijo Oryon—. Es hora de unirse a la lucha.

CAPÍTULO ONCE

El plan era simple. La parte difícil era hacerlo.

Ferus yacía despierto en la oscuridad, revisando lo que Clive había esbozado mientras el propio Clive dormía en un rincón roncando sonoramente.

Una vez que estuvieran en la fábrica, Clive desactivaría una máquina de carga que transportaba las enormes cajas de duracero hasta la nave de transporte. Simplemente tenía intención de desactivar el sistema de conteo. El hecho de que jurase que podía hacerlo con una cuchara era suficiente para provocar le pesadillas, así que decidió no hacer hincapié en eso.

—Inventario —había dicho Clive, explicando su plan—. Si desorganizas sus procedimientos de inventario, se vuelven locos. Saben que son responsables para algún Grand Moffing Toff al final de la cadena, así que todo tiene que estar en orden. Entonces están cargando las cajas, pero no se están contando. Eso significa que van a tener que contarlas manualmente. Lo que significa que dejarán abiertas las puertas de la bahía del transporte. Y eso nos dará nuestra oportunidad. Después de que te encargues del guardia principal y cojas su arma.

—¿Cómo voy a hacer eso?

—Pensarás en algo. Los otros guardias estarán revisando la máquina y vigilando a los prisioneros, porque cuando algo va mal, temen que todo el mundo se amotine.

—Entonces me encargo del guardia...

—Para entonces estaré en posición de detener la carga completamente. Entonces tú y yo subimos a bordo usando las puertas de la bahía, llegamos a la cabina, echamos fuera a los pilotos, y despegamos.

—Parece haber un buen número de agujeros en ese plan.

—Bueno, nada es perfecto.

Ferus recordó la conversación ahora mientras yacía sobre su espalda. Confiaba en Clive, confiaba en sus instintos y también confiaba en que si no aprovechaba esta oportunidad estaría muerto.

Cerró los ojos pero no durmió. Fue antes del amanecer cuando escuchó las botas en el exterior. Demasiado temprano para despertar a los prisioneros.

Podía ver el brillo en los ojos de Clive. Estaba completamente despierto, escuchando.

—Esto no puede ser bueno —susurró Clive.

Las botas se detuvieron ante la puerta. Clive se movió rápidamente. Se lanzó a través de la celda y golpeó a Ferus mientras la puerta se abría y las luces se encendían repentinamente en un intento de cegarles.

—¡Me robó las botas! —gritó Clive salvajemente.

—Ya no tiene importancia —el guarda sonrió burlonamente.

Ferus fue recogido y lo lanzaron a un carro de transporte, una pequeña caja cerrada que usaban para meter y sacar prisioneros... del bloque de ejecución.

Era su hora.

La cubierta se cerró y se bloqueó. En pocos segundos, sacarían a Ferus.

Apretó un dispositivo de contención entre los dedos, el perno que Clive le había pasado cuando había fingido atacarle. No tenía ni idea de qué hacer con eso. Difícilmente era un arma. Pero era algo.

Metieron a Ferus en una celda. Le leyeron su orden de ejecución en voz alta.

—Por la orden de... Crímenes contra el régimen imperial... —No tenía importancia.

La puerta se cerró detrás de los guardias. Era una pequeña celda con gruesos muros de duracero. No había espacio para acostarse y apenas para sentarse. No había ventana, ni silla. Nada aquí más que tiempo, y muy poquito de eso.

Agarró el dispositivo en un puño. No podía escapar de allí con eso. Clive lo sabía. Pero cuando vinieran a por él, cuando le llevaran a la sala de ejecuciones, entonces tal vez podría usarlo.

Pon un pequeño objeto en una pieza de equipo en la forma adecuada, y puedes desactivarlo. Desactiva algo y obtienes una distracción. Algunas veces eso es todo lo que necesitas.

A todo esto, preferiría tener un sable láser.

Ya los oía venir. No te dejaban descansar mucho tiempo.

Todavía tenía la Fuerza. Estaba allí, incluso en ese apestoso planeta deprimente, incluso en esa jaula oscura que hacía las veces de cuarto. Estaba dentro de él y a su alrededor y él podía acceder a ella cuando quisiera.

Se levantó.

Hoy moriría o escaparía.

Sería su elección. No la de ellos.

La puerta se abrió. Había seis soldados de asalto. Uno era un oficial, consultando un datapad adherido a su muñeca.

—Ferus Olin, criminal del planeta Bellassa. Escáner retinal —alzó escáner hasta el ojo de Ferus—. Identificación confirmada.

Le metieron a la fuerza en otra habitación, una más grande, con varias sillas con cadenas que estaban fijadas al techo y colgaban como enredaderas letales. Había un droide médico en una esquina. Así que sería una inyección letal.

Le empujaron más allá del droide. Puso el dispositivo de contención en la palma de su mano mientras pasaba. Esperaba que los guardias continuasen empujándole, y lo hicieron, golpeándole con sus rifles láser. Él fingió tropezar extendiendo un brazo para equilibrarse. Se agarró al droide médico.

—¡Apártate! —El soldado de asalto incrustó la culata de su rifle en su hombro.

El dolor bajó por el brazo de Ferus. No tenía importancia. Había podido deslizar el dispositivo en la ranura del droide.

Le llevaron a la silla, entonces le dejaron caer en ella.

—Prepara la inyección —dijo el oficial.

El droide no se movió.

—¡Prepara la inyección! —gritó el oficial.

—Restricción —contestó el droide brevemente.

—¿Qué?

El oficial se giró. Era el momento que Ferus había estado esperando. Con una patada envió a un soldado hacia otro; un codo envió a un tercero girando. La Fuerza zumbaba a su alrededor mientras saltaba sobre el montón, cogiendo rápidamente dos blásters por el camino. Giró en el aire, manteniéndose inmóvil por un instante para hacer añicos al droide, después aterrizó. Se lanzó al suelo para esquivar el fuego láser y utilizó el impulso para rodar como una pelota, derribando al resto de los soldados de asalto. Mientras se levantaba cogió una tarjeta de seguridad del cinturón de utilidades de un soldado.

El oficial le plantó cara, con el bláster alzado.

Ferus alzó sus blásters. Ninguno de ellos se movió.

El oficial disparó. Ferus ya se había aprovechado del instante antes del disparo y saltó. Disparó al techo. Los pernos que mantenían las cadenas en su sitio cayeron. Las cadenas cayeron. Enrolló al oficial con ellas.

Desde que había estado en la caja de detención, no estaba seguro de dónde estaba en el complejo de la prisión. Tendría que encontrar la fábrica. No estaba seguro si Clive habría podido desactivar el cargador pero tenía que asumir que el plan seguía adelante. Clive esperaría que apareciese. Si no, no tenía dudas de que Clive se marcharía sin él... si podía.

Ferus atravesó corriendo los pasillos. Tenía que haber otra entrada a la fábrica, una que debían usar los guardias.

La encontró. Las puertas blindadas se abrieron gracias a la tarjeta. El alboroto de la fábrica asaltó sus oídos.

Me alegro de darle a este sitio el beso de despedida.

Se agachó rápidamente detrás de una máquina. La fila de prisioneros mantenía sus caras hacia su trabajo. Un guardia patrullaba arriba y abajo, arriba y abajo. Ferus no veía interferencias en la rutina. A lo lejos, descansaba el carguero de transporte, mientras una rampa acarreadora introducía caja tras caja en su interior.

Entonces escuchó el crujido de un transmisor y vio a un oficial bajando rápidamente por el pasillo, hacia el carguero. Otro oficial se apresuraba de la dirección opuesta.

Ferus se cubría con el ruido de las máquinas y la rutina regular del guardia que patrullaba. Mientras el guardia le daba la espalda, él avanzó rápidamente hacia adelante y se encargó del primer oficial. El oficial se golpeó la cabeza contra una máquina y perdió el conocimiento.

Manteniendo la cabeza agachada, Ferus corrió más allá del clamor de las turbinas que convertían el duracero en planchas y las transformaban en engranajes y clavijas. Agarró un puñado de engranajes mientras corría.

Para entonces los prisioneros le habían visto pero no dijeron nada. Si uno de ellos iba a escaparse, lo haría o no lo haría. Ellos ni le ayudarían ni le pondrían obstáculos. Pero podía sentir su ávido interés en su progreso y su convicción de que fallaría.

Las puertas de la bahía ya estaban abiertas, y el segundo oficial subía por el rampa, listo para contar manualmente. Sin duda esperaba a su compañero oficial de un momento a otro. Tenían una ventana de tiempo para hacer esto. Una vez que fuera incapaz de contactar con el oficial mediante el comunicador, el oficial empezaría a sospechar.

—Apareces justo a tiempo. —Clive ya estaba a su lado.

—Blásters. —Ferus dijo la palabra no como una necesidad sino como una advertencia.

—Qué...

Ferus había sentido la oleada de Fuerza, advirtiéndole. Apartó de un empujón a Clive mientras el fuego láser explotaba sobre su cabeza. Impactó en una máquina de planchas, enviando fuego derretido a todas partes.

—Nos han descubierto —dijo Ferus.

—¿Tú crees?

Subieron la rampa corriendo, zigzagueando para evitar el fuego de los guardias que iban tras ellos. Aparecieron soldados de asalto y subieron por la rampa. Clive usó un viejo truco, lanzando el puñado de engranajes rampa abajo. Los soldados de asalto resbalaron y cayeron. Con un empujón de Fuerza, Ferus les dio un impulso extra, lanzándolos al suelo de la fábrica.

Clive le dedicó una mirada de sorpresa pero no había tiempo para preguntas. Clive arrojó la cuchara, girando rápidamente, hacia el único oficial imperial. Le golpeó directamente en medio de la frente con tanta fuerza que sus ojos se pusieron en blanco y sufrió un colapso. Ferus cerró rápidamente las puertas de la bahía.

—La cabina —dijo Clive—. Ahora vendrán a por nosotros con las armas grandes.

—¿Esas no eran las armas grandes?

Corrieron hacia la cabina y atravesaron la puerta. Dos pilotos de carga se levantaron de donde habían estado descansando con un ojo en panel del ordenador de navegación. Vieron el bláster en la mano de Ferus y la mirada de determinación en los ojos de Clive.

Alzaron las manos.

—No me apunté para esto —dijo uno.

—Yo tampoco —dijo el otro.

—La puerta está por allí —dijo Clive. Presionó el botón de la rampa de la cabina con el puño.

Se lanzaron fuera, saltando de la rampa antes de que golpeará el suelo. Clive pulsó de nuevo el control de la rampa mientras Ferus encendía los motores.

La nave de transporte salió disparada hacia el cielo. La prisión se convirtió en un borrón grisáceo en mitad de la jungla.

Y entonces os primeros cazas empezaron a elevarse desde la plataforma de aterrizaje.

—¿Tienen que se tan apestosamente *rápidos*? —murmuró Clive.

—¿Cuál es el estado de nuestro sistema de armas? —preguntó Ferus, aumentando la velocidad.

Clive revisó las lecturas del ordenador.

—Uh, no muy bueno. Tenemos un par de cañones láser de baja potencia.

—¿Y...?

—Eso es todo.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo.

Ferus echó una rápida ojeada al ordenador de navegación. Los cazas imperiales se acercaban. El carguero era viejo y lento. Sus armas eran rudimentarias. Podían jugar al escondite, pero no había asteroides por los alrededores y de todas formas sería como esconder a un Wookiee detrás de una ramita.

—No hemos llegado hasta aquí para que nos conviertan en polvo espacial —dijo Clive ferozmente.

Pero ambos miraron hacia las naves y supieron que estaban condenados.

CAPÍTULO DOCE

Trever y los demás se habían mantenido en contacto al principio, pero mientras el planeta Dontamo se acercaba cada vez más mantuvieron silencio en las comunicaciones. Aun si distorsionaban las comunicaciones, no querían que los exploradores imperiales descubrieran nada.

Dex se había cobrado un favor enorme y les había proporcionado dos pequeñas naves. Habían visto el servicio en las Guerras Clon y sus cascos estaban abollados y arañados con los fantasmas de colisiones de pequeños asteroides y misiles. Pero los motores estaban afinados y sus hipermotores habían sido renovados.

Trever, Keets y Solace iban en un caza ARC-170 modificado, Oryon y Curran en un renovado caza Jedi. Su plan no tenía mucho de plan, en opinión de Trever, pero no tenían elección. Simplemente tenían que aterrizar y ver lo que encontraban. No había tiempo para conseguir imágenes de la prisión, ningún tiempo para la vigilancia. Si se había emitido una orden de ejecución, el pequeño grupo de combatientes tenía que moverse tan rápido como pudiese y arriesgarse.

Trever mantuvo los ojos en el ordenador de navegación. Estaba alerta ante cualquier signo de naves de patrulla imperial. Oryon le había dicho que a menudo hacían inspecciones rutinarias del espacio aéreo que rodeaba los planetas prisión. Cada nervio dentro de él gritaba por aterrizar y encontrar a Ferus.

Repentinamente se inclinó hacia adelante.

—Algo pasa. Mirad —señaló los puntos en el ordenador—. Están persiguiendo a una nave.

—Un carguero, por su aspecto. —Solace tecleó con unos pocos golpes—. Y esos son cazas.

—¿Cazas imperiales persiguiendo a un viejo carguero? ¿Por qué?

—No es nuestro problema. Podrías ser buenas noticias para nosotros —dijo Solace—. Estarán distraídos con lo que quiera que esté pasando, y podremos...

Se detuvo bruscamente.

—¿Qué pasa? —La cara de Solace se había quedado inmóvil y tensa de repente, una apariencia con la que Trever se estaba familiarizando.

—La Fuerza. Algo... —clavó los ojos en la pantalla—. Ferus está en esa nave —extendió la mano hacia la unidad de comunicación—. Oryon, adelante. La nave en las coordenadas XYZ 1138, 1999, 2300...

—La vemos.

—Nuestro objetivo está en esa nave. Y a los controles, por lo que parece.

—Parece que no le vendría mal una mano. Vamos.

Trever fue empotrado de repente contra el asiento cuando Solace lanzó la nave en picado.

—¿No te advertí que te sujetaras? —gritó ella sobre el grito de los motores.

Trever se sentía aplastado contra el asiento. Había visto las habilidades de pilotaje de Solace, navegando a través de los espacios estrechos y cerrados que era el tráfico aéreo de Coruscant. Esto era vuelo de combate rápido y peligroso. Incluso podría haberse sentido alegre, si no se hubiese sentido también como si estuviese a punto de morir en cualquier momento.

—Vas a tener que manejar los cañones láser —le dijo Solace—. ¿Puedes hacerlo?

—Soy bastante bueno —dijo Trever, si bien técnicamente nunca antes había manejado ninguno.

—Cógelos —dijo ella—. Sólo no dispaes a Oryon.

Trever conectó los cañones. Estiró las piernas, manteniendo el equilibrio, con la vista en la mira. Los cazas imperiales estaban disparando a la nave. Comparado con los ágiles cazas, el carguero parecía a gigantesco y torpe tractor arando a través de las estrellas.

Los cazas no se habían dado cuenta de que los dos recién llegados eran una amenaza, todavía no. Podrían conseguir unos cuantos disparos fáciles.

Trever se preparó para disparar. Casi a tiro. Casi... casi...

Presionó el activador...

...y fue recompensado con la explosión de uno de los cazas.

—¡Buen trabajo! —gritó Solace—. Déjame acercarme más. Ahora se echarán sobre nosotros.

Trever descubrió rápidamente que disparar a un caza era mucho más difícil cuando los cazas estaban realizando maniobras evasivas... y devolviéndole los disparos.

El espacio explotó en fuego de repente. Había saltos, picos y valles, corrientes de golpes percusivos que Solace cabalgó con facilidad, con una mano en los mandos y la otra en sus propios controles de armamento.

Oryon estaba girando alrededor de los cazas, acribillándoles con fuego y tratando de permanecer entre ellos y el carguero. Repentinamente la voz de Ferus apareció en su frecuencia.

—Quiquiera que seas, ¡gracias! —gritó.

—Somos nosotros, dulzura. Cuidándote la espalda como siempre —resonó la voz de Keets.

—¡Me alegro de veros! Os debo una.

—¡Nos debes un montón! —grito Trever desde la cañonera.

El constante golpeteo láser de Oryon acertó a un caza, el cual salió despedido girando fuera de control. Ahora sólo quedaban dos, y Solace y Oryon resultaron ser mejores pilotos, maniobrando sus naves de tal manera que encajonaron a los cazas, entonces los hicieron pedazos.

El fuego explotó en las alas y el fuselaje y ellos descendieron rápidamente hacia el planeta prisión.

El carguero de Ferus trazó un perezoso círculo a su alrededor.

—¿Qué tal un punto de encuentro?

Solace revisó las posibilidades.

—¿Qué os parece Alba-16? No está lejos, y el Imperio no tiene presencia real allí.

—¡Y tiene una cantina genial! —rugió una voz poco familiar a través del comunicador.

—¿Quién es ese? —preguntó Oryon.

Trever sintió que su corazón se elevaba cuando escuchó la risa de Ferus. Era bueno oírlo. No podía evitar sentir que todo iría bien.

—No preguntes —dijo Ferus.

Hasta que Alba-16 estuvo cerca, Clive no le contó a Ferus lo que había visto. Estaba sentado en la silla del copiloto, con las botas en la consola, reclinado hacia atrás tanto como le permitía la silla.

—Siempre pensé que había algo raro en ti, pero nunca imaginé que eras un Jedi —dijo.

—Nunca fui un Jedi —le corrigió Ferus—. Me marché cuando todavía era un Pádawan.

—Nunca había oído que alguien se marchara. Una historia ahí, ¿eh? —dijo Clive, pero no preguntó—. Podrías habérmelo dicho. Me habría sentido un poco más tranquilo acerca de nuestro factor de probabilidad de escapada. Según estaba, pensé que con seguridad íbamos a morir.

—Mis habilidades no están tan afinadas como antes. Y no tenía sable láser. No quería que sobrevaloraras lo que podía hacer.

—Bueno, fue una bonita sorpresa, colega. Lo hiciste bien.

—No tenías por qué golpearme.

—Autenticidad, Maestro Ferus. Esa es la clave de toda escapada.

Ferus aterrizó la nave en el espaciopuerto de Alba-16. Éste contenía la colección habitual de cargueros y los transportes así como unas cuantas naves personales. Como el planeta estaba sin guarnición imperial, nadie cuestionaba la llegada de las naves.

Detrás de él, los dos cazas aterrizaron. Solace abrió la carlinga sobre ella y un momento después Trever asomó la cabeza. Saltó sobre un ala y dio un brinco hasta el suelo, entonces corrió hacia Ferus. De repente se detuvo, avergonzado. Ferus vio sus manos apretadas. Sabía que Trever quería mostrar sus sentimientos, pero no quería que todos los vieran. El chico era una mezcla curiosa de emoción y dureza.

Ferus también había sido una vez una persona estirada, pero ya no. Pasó un brazo alrededor de los hombros de Trever y le dio un abrazo rápido y feroz.

—Pensabas que me habías perdido, ¿verdad?

—Tu si que sabes decir las cosas claras —dijo Trever.

El resto de grupo se acercó.

—Hazme un favor —le dijo Keets a Ferus—. Intenta no ser arrestado otra vez.

—¿Quién es él? —preguntó Solace, señalando a Clive.

—La respuesta a tus sueños, preciosa —dijo Clive, rodeando con un brazo el de ella—. Deja que te invite a una copa.

En un visto y no visto, Solace se liberó de su agarre, retorció uno de sus brazos detrás de su espalda, y puso la empuñadura de su sable láser contra la barbilla de Clive.

—¿Mencioné que Solace también es un Jedi? —preguntó Ferus.

Solace soltó a Clive, quien sonrió al ver su incomodidad, y todos ellos se dirigieron hacia la ruidosa cantina situada cerca del espaciopuerto. La música y las conversaciones cubrirían sus palabras.

Clive se frotó las manos mientras examinaba a la roñosa concurrencia.

—Esta es casi la vista más hermosa que he visto nunca.

Encargaron bebidas y comida, y Clive comió vorazmente mientras Ferus ponía al tanto al grupo de lo que le había sucedido. Le contaron el ataque a Solace y a su seguidores. Ferus se apenó al descubrir que el Imperio había actuado tan rápidamente y que los otros Borrados habían muerto.

—Las buenas noticias son que todos nosotros reactivamos nuestras redes de información —dijo Oryon—. Fuimos capaces de descubrir dónde te retenían esos secuaces imperiales.

—No estamos listos para un movimiento real de resistencia, todavía no —dijo Keets—. Pero podemos ver el día en el que podamos unirnos con otros planetas.

Ferus lo veía también. Sería años después, lo sabía. Pero algún día los núcleos de resistencia de cada planeta se comunicarían entre sí y formarían una red. Tal vez incluso un ejército. Todo eso tenía que comenzar a alguna parte.

Ferus asintió.

—Sólo tenemos que empezar. Y Coruscant es el lugar perfecto empezar. El Senado siempre ha estado lleno de informadores, personas impacientes por un soborno. Sólo porque el Emperador haya asumido el control no significa que no siga siendo cierto.

—Claro, también oímos que Malorum está en Naboo en alguna misión de alto secreto que ha tramado por su cuenta —dijo Keets—. Así que no tienes que preocuparte por él por algún tiempo.

Naboo. Una campana de alerta se activó en la mente de Ferus. ¿Por qué?

Porque Obi-Wan me dijo que estuviera alerta ante cualquier investigación sobre la muerte de la Senadora Amidala *de Naboo*. *Su funeral tuvo lugar allí, en la ciudad de Theed.*

Intentó quitarle importancia a la visita de Malorum. Podía haber un sinnúmero de razones para que fuese allí. Pero no podía olvidar que Obi-Wan le había dicho que Malorum podía ser una amenaza para el futuro de la galaxia si se le permitía continuar sus investigaciones.

Por un momento, sintió un arrebató de furia contra Obi-Wan. El Maestro Jedi estaba sentado en el exilio, dándole a Ferus la orden vaga de vigilar algo sin decirle lo que estaba en peligro. Ferus habría preferido una misión bien definida.

Pero él no podía ignorar esto.

Miró alrededor de la mesa. Tendría que hacerlo, por supuesto. Pero tenía la sensación de que esta colección inusual de luchadores no le dejaría. No estaba seguro de cómo había ocurrido o por qué, pero compartían un vínculo. Incluso Clive.

—Tengo que ir a Naboo —dijo Ferus.

Keets bajó la jarra de brebaje que estaba a punto de vaciar.

—Justo cuando comenzaba a relajarme —gimió.

—No os pido que vengáis —dijo Ferus sinceramente—. Pero tengo que ir.

Sintió el peso del momento mientras consideraban sus palabras.

Clive dejó caer su tenedor lleno de comida.

—Este lugar ha perdido mucho —dijo—. Vamos.

CAPÍTULO TRECE

Naboo era un mundo precioso. Theed tenía gran renombre por toda la galaxia por sus maravillas naturales. Las cascadas mantenían el aire en una condición de constante y estimulante frescor. Las flores y las enredaderas se trenzaban en cada edificio. La gente de Naboo era conocida por su calidez y cordialidad, por su amor por la paz. Sentían que vivir era un arte, y su comida, sus edificios, y sus ropas lo indicaban. Era un mundo hermoso y ornamental, y Malorum quería convertirlo en polvo espacial.

Fuese donde fuese se encontraba con sonrisas y reverencias. Cuando hacía preguntas, se encontraba con fervientes deseos de ayudarle, pensativos ceños fruncidos, dedos tecleando sobre datapads, repasando cuidadosamente los registros.

Pero no respuestas.

—Oh, tristemente... —diría el funcionario encogiéndose de hombros indefenso.

Era desesperante. Nadie le desafiaba, nadie le llevaba la contraria, pero nadie le daba lo que quería. Tan pronto como pensaba que había agarrado algo tan firme como carbonita, descubría que sólo agarraba aire. Y no había manera de que pudiera amenazarles, pues parecían cooperar completamente.

¿Por qué tenía la impresión de que a su espalda estaban encantados de frustrarle?

Podía entender por qué el Emperador decidió enviar a un batallón imperial allí a pesar de las objeciones de la Reina Apailana. No habían interferido con el gobierno del planeta, pero su presencia era un recordatorio necesario de quién estaba realmente al cargo. Habían tomado el mando completamente de uno de los graciosos edificios circulares del gobierno en Theed, justo al lado del vasto hangar. Era una elección inteligente. Podían controlar todas las idas y venidas oficiales, y también usar el hangar para almacenar artefactos explosivos si la gente se rebelaba. Estrictamente en contra de las leyes del Senado, por supuesto, ¿pero quién lo sabría?

Malorum pensaba que los ciudadanos de Theed habrían aprendido algo del bloqueo de la Federación de Comercio años atrás. Habían descubierto lo vulnerables que eran. El hecho de que hubiesen ganado aquella escaramuza particular había sido mera suerte. Si el Emperador hubiese estado al mando habrían sido acobardados y derrotados.

Naboo dependía completamente del resto de galaxia para obtener materiales industriales. No tenían fábricas de las que hablar. Si Malorum hubiese estado al mando, Naboo habría atacado a los mundos circundantes que eran ricos en minerales e industria. Pero no, simplemente seguían haciendo sus cazuelas de arcilla, sus pinturas, sus vestidos y permanecían estúpidamente vulnerables.

Malorum pasó al lado la guarnición imperial, esperando que su visión le diera energía renovada. Había visitado el lugar donde habían preparado el cuerpo de la senadora Amidala para el entierro. No recibió información nueva... excepto un curso intensivo que no necesitaba sobre los ritos fúnebres de Naboo. Aparentemente las abuelas eran designadas como las que vestían el cuerpo y lo preparaban para el «último viaje».

El hecho de la muerte de Padme fue registrado... pero eso era todo. No había pistas de cómo había muerto, nada para que él continuara. Las costumbres de Naboo excluían cualquier pregunta acerca del posible padre de su hijo; se le daba privacidad a la familia. No había informe médico.

Los pasos de Malorum se desaceleraron. Qué estúpido. Por supuesto, si los registros no le mostraron lo que quería, debería acudir a la fuente. Las abuelas de Padme Amidala.

El problema era que Naboo no tenía un directorio mundial. Los ciudadanos no tenían que registrarse con el gobierno, algo que él sabía que el Emperador cambiaría tan pronto como se pusiese con ello. Allí la privacidad era apreciada. Además, allí todo el mundo parecía conocer a todo el mundo, a través de una red de clanes y familias. Si tenías que preguntar una dirección, era prueba de que no conocías a la persona lo suficiente como para contactar con ella.

Un pequeño problema. No uno insuperable.

Malorum cruzó hasta el edificio que albergaba el Proveedor de Esenciales de Naboo, un nombre típicamente amable para la oficina que controlaba el suministro eléctrico. Se detuvo a la entrada para examinar un holomapa enorme en la pared, una imagen gráfica del generador principal de energía. Notó los corredores alineados con entradas de electrones, las pasarelas, los puentes hacia docenas de niveles, el profundo núcleo central. Impresionante. Los naboo tenían alguna experticia técnica después de todo. Éste sería un mundo excelente para su explotación.

Entró a grandes zancadas en la oficina principal y exigió ver al encargado. En un despliegue habitual de educada evasión le dijeron que la oficina estaba a punto de cerrar, pero si volvía mañana...

—Soy un representante personal del Emperador Palpatine. Tráigalo ante mí ahora — restalló Malorum. No podía esperar para sacar la información de esas enloquecedoras personas como la pulpa de una fruta muja.

El dependiente entró precipitadamente en una oficina interior, con las ropas adornadas flotando. Malorum había estado aguardando, esperando esto. Avanzó tras él. Atravesó la puerta, casi tirando al hombre al suelo.

El encargado se levantó de su escritorio, con la boca abierta. Era viejo, su pelo gris caía en mechones sobre sus orejas. Tenía una cara agradable y ojos amables. Malorum le despreció inmediatamente.

—Estoy buscando las direcciones de los abuelos de la antigua senadora Padme Amidala.

—La senadora Amidala, por desgracia, está muerta.

—Por supuesto soy consciente de eso. —Malorum golpeó con su mano el escritorio—. ¡Este escritorio es consciente de eso! Soy los ojos y los oídos del propio Emperador. Dime los nombres de sus abuelos. Sé que los conoces así que no desperdicies mi tiempo negándolo.

El hombre tragó. Rápidamente consultó un gran libro hecho a mano.

—Winama Naberrie. Ryoo Thule.

—Dame sus direcciones.

—Winama Naberrie, por desgracia, murió antes de la Batalla de Naboo.

—¡Entonces la otra! —le rugió Malorum al hombre. No le gustaba perder los estribos, sentía que la pérdida de control era siempre un error, pero le habían provocado con horas de evasivas. Y eso podía ser efectivo.

Para su sorpresa, el hombre se levantó.

—Ah, bueno, no tengo esa información de por sí, ya ve. Ésta es la oficina del Proveedor de Esenciales...

Malorum había tenido suficiente. Siempre era lo mismo. La persona le diría que realmente no tenía la habilidad de ayudarle mientras mantenía una expresión de profunda preocupación, luego repetiría su título o el nombre de la agencia, y guiarían a Malorum de un lado a otro de una manera servicial y educada que no le llevaba a ninguna parte.

Puso su bláster junto a la mejilla del hombre. ¿Ves esto?

—No más gritos ahora. Sólo una voz tranquila que implicaba amenaza.

La expresión del hombre se volvió asustada.

—Sí.

Lentamente giró el bláster hasta que el cañón apuntó hacia la oficina exterior.

—Voy a coger este bláster y a disparar a todo el mundo en esta oficina ante tus ojos, si no me das la información.

El hombre alzó la mirada hacia él. La incredulidad se convirtió en horror mientras se daba cuenta de que Malorum era perfectamente capaz de hacerlo.

Agachó la cabeza.

—Ryoo Thule vive ahora en el distrito del lago de Naboo en la casa de campo familiar llamada Varykino. En la Cala de la Translucidez.

—Eso no parece una dirección. —Malorum dio un empujón extra al bláster contra su mejilla.

El hombre alzó la cabeza. Algo destelló allí, algún desafío que Malorum decidió que no tenía tiempo de machacar. Naboo acabaría entendiendo, como lo harían todos los mundos, quién estaba a cargo.

—Esa es la forma en la que hacemos las cosas en Naboo. Es la única dirección que puedo darle.

Malorum quería dispararle, pero salió violentamente en lugar de eso.

Tenía lo que necesitaba. Era tedioso tener que hacer sus propias investigaciones, pero no podía confiar en nadie más. Tenía que excavar y excavar hasta que tuviese lo que quería. Sabía que el distrito del lago estaba lejos; necesitaría transporte local. Todo para ver a una vieja mujer que podría tener la llave de algo que él todavía no entendía.

CAPÍTULO CATORCE

Solace y los demás aterrizaron sus naves en una plataforma de entrada en las afueras de Theed. Sabían que los imperiales vigilaban el hangar. Clive estaba familiarizado con Theed y los dirigió a través de las calles.

—La gente de Naboo no es fan del Imperio —les dijo Clive—. Mantendrán la boca cerrada. Sólo seguidme. Conozco Theed muy bien.

—No necesito una excursión por las cantinas —le dijo Ferus suspicazmente.

Clive se rió.

—Puedo mostrarse eso, también, compañero. Pero empecemos con algunos contactos. Conozco a un antiguo capitán del ejército que nos puede ayudar, Gregar Typho.

—Le conozco —dijo Keets—. Le entrevisté un par de veces. La senadora Amidala confiaba en él.

—Guíanos —dijo Ferus.

El capitán Typho estaba en una oficina en uno de los anchos bulevares de Theed. Se levantó de su escritorio de una forma un poco torpe, la manera de un hombre activo que no estaba acostumbrado al trabajo de oficina. Tenía un pequeño parche en el ojo y llevaba un uniforme sobre su poderosa constitución. Recordaba bien a Keets y saludó a Clive calurosamente.

—Escuché que estabas en prisión —dijo.

—El alojamiento no me volvía loco. Éste es mi amigo, Ferus Olin. Estamos todos aquí para ayudarle a localizar a un Inquisidor llamado Malorum.

El capitán Typho asintió.

—Sabemos que está aquí. Hemos estado vigilando sus movimientos. Comenzó en las oficinas de batallón imperial, sabemos que están estableciendo una red de espionaje aquí. Les mantenemos vigilados del mismo modo que ellos nos espían. Han tomado el control de un edificio del gobierno al lado del hangar. A pesar de las leyes de Naboo, que lo prohíben, sospechamos que están almacenando en secreto armas y explosivos.

Curran Caladian frunció el ceño.

—Eso también va en contra de las leyes del Senado. ¿Crees que planean asumir el control del gobierno?

Typho asintió con desagrado.

—Es posible. Tienen naves de asalto en órbita. Lo han hecho con mundos igualmente poco colaboradores, bajo la apariencia de 'mantener el orden en la galaxia'.

—Soy muy consciente de sus tácticas —dijo Ferus—. Lo hicieron en Belassa, de donde vengo.

—Ho oído acerca de eso —dijo Typho—. Es lo que tememos. Por eso hemos estado manteniendo un ojo vigilante en Malorum. Sabemos lo cerca que está del Emperador Palpatine. Lo curioso es que no parece estar tratando asuntos oficiales. Se registró con el

regente imperial, por supuesto, pero después de eso, ha actuado por su cuenta, tratando de no llamar la atención.

—¿Y que pretende? —preguntó Keets.

—Hemos estado recibiendo informes de oficiales del gobierno que dicen que está investigando el funeral de la senadora Amidala.

Su cara se ensombreció.

—Yo también he investigado la muerte de la senadora. No me creo los informes oficiales que dicen la mataron los Jedi. Eran sus amigos. Creía en ellos completamente; nunca creyó en los rumores durante las Guerras Clon que decían que estaban abusando de su poder.

—No sé por qué Malorum está interesado —dijo Ferus—. Sólo sé que debemos detenerle.

Typho asintió.

—Haré lo que pueda para ayudarlos. ¿Qué necesitáis?

—¿Sabe dónde está ahora mismo? —preguntó Ferus.

—Ya no está en Theed —contenstó Typho—. Acabamos de recibir noticias del Director de Esenciales, que dijo que Malorum le forzó a revelar el paradero de la abuela maternal de la senadora Amidala. Hemos intentado contactar con ella, pero vive recluida y no ha contestado a nuestras señales de comunicación.

Ferus se levantó.

—Tendrá que dirigirnos hasta allí. Pero primero, necesito hablar con la Reina Apailana.

Hicieron pasar a Ferus y a los demás ante la Reina en la sala del trono de palacio. Ella llevaba puestas sus ropas ceremoniales meticulosamente adornadas, azul oscuro con un vestido principal a juego. Su cara estaba pintada de blanco, con una cuchillada roja en su labio superior, llamado la cicatriz del recuerdo. El capitán Typho los presentó de uno en uno, y todos ellos inclinaron sus cabezas en una pequeña reverencia. Typho, entonces, le dio a la Reina una breve explicación de por qué estaban en Naboo.

—Me honra recibir a tan distinguidos invitados —dijo la Reina con su voz suave—. Os doy la bienvenida.

—Reina Apailana —dijo Ferus, inclinando la cabeza otra vez—. He venido a pedirle algo que no tengo derecho a pedir.

—Aun así aquí estás —dijo la Reina Apailana.

—Le pido que a mi señal, corte todos los sistemas de comunicaciones de Naboo. Los sistemas internos y externos de comunicación.

La Reina parecía sorprendida.

—Esto es una petición considerable —dijo ella.

—Reina Apailana, los Jedi como los conocíamos ya no existen —explicó Ferus—. La Maestra Jedi Solace y yo nos encontramos entre los últimos que quedan con vida. Una vez fue una amiga de los Jedi y la República. Por favor confíe en nosotros una vez más.

Malorum es peligroso no sólo para Naboo sino para un futuro pacífico para la galaxia. Sé que lo que pido es difícil.

—No estoy muy dispuesta —dijo la Reina lentamente—. Pero estás en lo cierto, nuestra historia con los Jedi me ha conducido a confiar en lo que dicen. Nunca creí en la historia oficial de la muerte de la senadora Amidala. He animado al Capitán Typho a que continúe buscando respuestas, incluso si parece que no hay ninguno que encontrar. Cerca del final de su vida, la senadora seguía teniendo fe en los Jedi. Estábamos en contacto constante, así que estoy segura de esto. Sigo pensando en los Jedi como amigos, sin importar si son uno o son mil.

—¿Entonces lo hará?

—Con dos condiciones —dijo la Reina—. Una, que envíe la señal sólo por la necesidad más absoluta.

—Ese por supuesto sería el caso —respondió Ferus.

—Dos, cortaré las comunicaciones sólo durante una hora —continuó la Reina Apailana—. No puedo poner en peligro a los ciudadanos de Naboo más tiempo que ese. Podemos fingir una interrupción por un tiempo, pero la presencia imperial empezará a desconfiar si la interrupción dura algo más.

Ferus inclinó su cabeza.

—Eso debería ser todo lo que necesito. Gracias.

—Gracias por sus servicios —contestó la Reina. Ahora era su turno de inclinar la cabeza en un gesto de respeto hacia Ferus y hacia los demás—. Gracias por no rendiros.

CAPÍTULO QUINCE

Ryoo Thule se había levantado antes del amanecer. Había bajado hasta el lago para ver el amanecer. Había notado de camino hacia su casa, mientras trepaba por la pronunciada cuesta de regreso, que estaba sin aliento. Pero no se sentía falta de aire, exactamente.

Presionó una mano contra su costado, después contra su corazón. Ya era una anciana, pero todavía se sorprendía cuando su cuerpo se lo decía.

Permanecía robusta y fuerte, todavía era capaz de caminar por la pendiente, por los sinuosos caminos de los acantilados a lo largo del lago. Solamente tenía que aprender a caminar más despacio, no correr rápida y ligeramente como lo hacía cuando era niña.

Eso debe ser.

Durante esos paseos matutinos su familia iba con ella. No la familia que todavía vivía, su hija Jobal, su yerno Ruwee, su niña Sola y las hijas de ésta, Ryoo, llamada así por ella, y su hermana Pooja. No su hermana y sus niños.

Era su marido, muerto hacía mucho tiempo, el que caminaba a su lado. Su buen amigo, Winama Naberrie (¡Cómo habían conspirado para casar a sus niños! ¡Qué sorprendidos habían estado cuando realmente se enamoraron!) y su amada nieta, Padme. En cierta manera, sentía a Padme más cercana ahora que se había ido.

Desde una edad temprana, Padme había estado en camino hacia alguna otra parte. Oh, ella había sido la nieta más cariñosa posible, pero sus visitas habían sido respiros de una vida ocupada. Nunca había sugerido, por palabra o apariencia, que ese era el caso. Todo su corazón había estado en esas visitas. Ryoo lo había sentido así, porque estaba más cerca de Padme que de cualquiera de sus otras nietas.

Ella había tenido sus secretos. Ryoo lo sabía. Había sabido antes de que Padme lo supiera que estaba enamorada. Había sabido que ese amor estaba entrelazado con angustia.

La muerte de Padme había roto su propio corazón. Ryoo, según la costumbre, había sido la persona encargada de su funeral. Había besado la fría mejilla de su nieta. Había introducido pequeñas flores blancas entre su ropa y su pelo. Había llorado en un frío suelo.

La pena todavía era una piedra en su estómago, pero allí había encontrado paz. Padme había amado ese lugar, y Padme estaba a su alrededor. Ahora Padme era parte de la galaxia.

Parte de ella seguía allí. En alguna parte, allí afuera en las estrellas. Lo siento. Es suficiente para sentirlo. Quizá algún día...

Ryoo estaba junto a la ventana mirando el lago azulado. Presionó una mano contra su pecho y sintió agitarse su corazón. ¿Por qué se había levantado esa mañana con tal sensación de premonición? ¿Por qué hoy sentía a Padme tan especialmente cerca?

¿Qué era ese sentimiento? ¿Por qué estaba tan inquieta?

Había estado allí durante seis meses, llevando el luto. Era hora de volver a su vida en Theed. No era demasiado vieja para encontrar un sentido renovado de propósito. Padme quería eso.

Tal vez esa era la causa de su ansiedad. Sabía que era hora de olvidarse de su pena, y eso le costaba. Tenía que recordarse a sí misma que dejar ese lugar no significaba dejar atrás los recuerdos de Padme.

Ryoo se detuvo junto al comunicador. Su insistente parpadeo le hablaba de mensajes que debería escuchar. Pero no estaba preparada. Ahora no. Más tarde. Su familia estaba acostumbrada a que contestara a sus mensajes al final del día. No se preocuparían. Sabían que su pena necesitaba soledad.

Ryoo sonrió ante esa insistente luz roja. Hablaba de cálidas voces de amigos y familiares, impacientes por contarle noticias o saber sobre su salud. Contenía los hilos de su vida.

Era hora de recogerlos de nuevo.

Se marcharía mañana. Era el momento.

Escuchó pisadas en el vestíbulo de la entrada, abajo. Extraño. Ella estaba sola allí, sin sirvientes, y los vecinos no estaban cerca. Habría visto una góndola, o un deslizador, si alguien hubiese venido a visitarla.

Bajó por las escaleras, sus zapatillas susurraban en la piedra.

Él estaba de pie, su cara en la sombra. Su túnica era marrón oscuro, el color de la sangre seca. Por un momento sus pasos vacilaron. Era como si la propia Muerte hubiese venido a llamarla.

Entonces reconoció el palpito que había sentido toda la mañana, la ansiedad. No era por la edad en absoluto, no era inquietud o la comprensión de que era el momento de irse.

Era miedo.

Padme, Padme, tengo miedo.

Se dijo a sí misma que estaba siendo ridícula. Había estado en lo cierto; llevaba allí demasiado tiempo sola. Avanzó, con la mano extendida, lista para saludar al desconocido, en Naboo todo desconocido *es* un amigo potencial.

Él se retiró la capucha. Ella vio sus ojos, y de repente entendió, con absoluta certeza, lo que había sentido cuando se despertó. Había buscado las vetas de lavanda que significaba que el sol se alzaba, luz entrando en la oscuridad. Ahora sabía lo que la había estado persiguiendo durante todo el día, lo que había creído, lo que había temido.

Iba a morir hoy.

CAPÍTULO DIECISÉIS

La vieja todavía era fuerte. Al principio pareció saludar al desconocido respetuosamente. Incluso le ofreció té, que él rechazó. Malorum no había recibido el título de Inquisidor por nada. Sabía incluso cuando el ser más hábil estaba conteniéndose.

No importaba. Lo descubriría. Había llegado al final de su viaje. No tenía más tiempo que perder.

—Conozco los rituales de Naboo —dijo—. Se que estaba al cargo del funeral de su nieta.

La mujer, pequeña y robusta, su pelo blanco enroscado detrás de su cabeza, sonrió de una forma condescendiente que hizo que la visión de Malorum se tornase roja por un momento.

—Nadie está «al cargo» en nuestros ritos fúnebres. Estuve allí para apoyar a nuestra familia afligida. Naboo, como puede ver, no es jerárquico como su sistema. Sí, tenemos una reina, pero nosotros la elegimos, así como a sus consejeros.

Malorum sintió rechinar los dientes.

—No necesito una lección de la filosofía política de Naboo.

Ella inclinó la cabeza, pero él podía ver lo que significaba. Ella pensaba que era un tonto pomposo.

Aprendería.

—La abuela está allí para asegurarse de que todo marcha bien. Un funeral de estado puede ser muy complicado —continuó ella.

—¿De qué diría usted que murió la senadora Amidala?

—No lo sabemos.

—¿Había marcas en su cuerpo?

La vio sobresaltarse. Ella apretó los labios y negó con la cabeza.

—¿Quién la trajo a Theed?

—No lo sé. Me convocaron después de que ella llegara.

—No pudo haber llegado por sí misma —dijo Malorum secamente—. Estaba muerta cuando llegó.

Las mejillas de la abuela se encendieron de repente por la cólera. No le gustaba la forma casual con la que hablaba de su querida nieta. Pero él escogía sus palabras con mucho cuidado. La única manera en la que obtendría algo de esa mujer sería enfadándola.

—Quiquiera que nos la trajo, lo hizo con mucho cuidado y amabilidad, y eso era todo lo que nos preocupaba en ese momento —respondió ella.

—Estaba embarazada

Sus labios se apretaron.

—¿Sabía la familia quién era el padre del niño?

—Ese es un asunto privado.

—¿Le gustaría pasar algún tiempo en una prisión imperial?

—No, realmente no —dijo la mujer—. Pero si piensa que amenazarme con eso le proporcionará las respuestas que quiere, está equivocado.

Ella le miró. Sus ojos eran de color gris oscuro, moteados con oro. Ojos inusuales. Casi quedó fascinado por un momento, viéndose reflejado en ellos, viendo todo el desprecio que ella sentía. Tuvo un destello repentino de lo que ella tenía dentro, lo que estaba sintiendo.

Amor. Amor grandioso.

Fuerza. Coraje.

Apartó a un lado esas irrelevancias y miró debajo.

Algo que ella había sospechado, algo que sólo ella había sospechado.

—Padme no compartió con nosotros el nombre del padre —dijo ella. Él podía ver sudor alrededor de la línea del pelo. Estaba nerviosa—. No le preguntamos. Esas cosas son asuntos privadas en Naboo. A causa de las Guerras Clon no la vimos durante varios meses. Ella era la luz de nuestras vidas, y nuestro dolor y pesar es más de lo que usted posiblemente podría saber. No entiendo por qué piensa que tiene derecho a venir aquí y cuestionarme.

—Tengo derecho —dijo Malorum—. El Emperador me ha dado ese derecho. Soy su representante personal.

Él hablaba, pero las palabras eran demasiado familiares, las había dicho tantas veces. Ahora lo oía. Oía lo que ella sentía, no lo que decía.

—¿Conocía a Anakin Skywalker? —ladró repentinamente.

—Era amigo de mi nieta —dijo la vieja.

—¿Sospeché alguna vez que era el padre de su hijo nonato?

Algo brilló en sus ojos, no era cólera esta vez. Algo... eso era la clave.

Ella sabía algo.

No... sospechaba.

Pensó en su intuición interna, en lo que pensaba como su «río». Siempre había estado allí. Cuando era joven creía que simplemente era más listo que los demás. Ahora sabía que no era inteligencia, era otro sentido, más grande que él. Su frustración era que no podía controlarlo como quería.

Pero ahora estaba ahí, y él podía enfocarlo en Ryoo Thule.

Su mirada fija debió haberla puesto nerviosa, pues apartó la mirada. Él sintió crecer algo en ella, alguna esperanza, algo a lo que se agarraba incluso mientras luchaba contra su voluntad. Algo que no quería que él supiera, y que nunca traicionaría.

El conocimiento rasgó su cerebro como un desgarró en una tela, despedazando sus ideas equivocadas. Casi saltó por la exaltación. Sólo la más estricta disciplina, el hábito de años de interrogatorios, le mantuvo de pie, con la misma cara inexpresiva.

El niño estaba vivo.

Ella había hablado de su nieta, pero nunca del niño que llevaba. Que no lo hiciera era de por sí una señal.

—El niño está vivo —dijo. Podía ver en su cara que ella lo creía.

Ahora las preguntas llegaron rápidamente mientras avanzaba sobre ella, mientras ella se encogía ante él.

—¿Ha visto alguna vez al niño?

—¿Le ha hablado alguien del niño?

—¿Ha visitado alguien al niño?

—¿Sabía Padme que el niño estaba vivo antes de que muriera?

—¿Entregó el niño a alguien?

—¿Alguien está escondiendo al niño?

—¿Dónde está el niño?

Las preguntas siguieron llegando. La vieja alzó las manos como para pararlas como si fueran golpes.

Cuando ella recobró el control y alzó la cara, ésta estaba llena de desafío. Ella sabía poco, él podía verlo, y no le diría nada.

Así que la mató.

CAPÍTULO DIECISIETE

La belleza del lago era asombrosa. Varykino encajaba perfectamente en el paisaje, con las torrecillas y las cúpulas que se elevaban desde las rocas y el agua mientras aceleraban hacia allí, tan cerca del lago que su embarcación de Naboo, un deslizador góndola, formaba una estela.

Ferus apenas advirtió el color profundo del lago, el cielo que se arqueaba en lo alto. Antes de que el deslizador góndola se detuviese saltó fuera. Estaba lleno de presentimientos.

Él y Solace dejaron atrás a los demás cuando usaron la Fuerza para saltar por los riscos, encontrando puntos de apoyo para pies y manos mientras estaban en el aire. Los demás fueron a la carga por el camino.

La puerta de la graciosa casa de campo estaba abierta de par en par. Entró corriendo, con su sable láser en alto.

Ryoo Thule yacía encogida en el suelo de piedra. Se inclinó hacia abajo y con gran cuidado tocó su mejilla. Estaba caliente.

De repente sus ojos se abrieron, dándole un susto. Había pensado que estaba muerta. Su fuerza vital estaba casi extinguida.

Sus ojos se ensancharon levemente cuando vio su sable láser. Él sintió disolverse su miedo y ella le miró con algo parecido a amistad. Con esa mirada supo que la familia de Padme no culpaba a los Jedi por su muerte.

—Él sospecha —murmuró ella.

—¿Malorum?

Un asentimiento. Entonces repentinamente pareció ganar fuerza. La fuerza suficiente para agarrar su túnica.

—No puede decirle a nadie lo que sabe. Debes proteger...

Perdió el aliento. Sus dedos se abrieron y ella cayó hacia atrás.

—¿Proteger el qué? —Ferus sintió la urgencia. Estaba perdido en implicaciones, misterio y todo lo que no sabía.

—Por Padme —murmuró ella—. Por Padme. —La vida la abandonó entonces.

Él se giró. Solace se sentó detrás de él sobre los talones tal fácilmente como si lo hiciese en una silla.

—¿Quieres decirme qué está pasando? —preguntó ella.

Ferus la miró con impotencia.

—No puedo. Ni siquiera yo lo sé. Sólo sé que hay un secreto que amenaza a la galaxia. Ryoo lo sabía, y ahora Malorum lo sabe, y tenemos que detenerle. Obi-Wan Kenobi me advirtió.

Ella se levantó elegante y rápidamente. No necesitaba más información. Lo que dijo él era suficiente.

—¿Kenobi? Entonces hagámoslo.

Salieron corriendo por la puerta. Los demás acababan de subir por el camino.

—Es demasiado tarde —dijo Ferus—. Se ha ido. Pero creo que todavía está por aquí, le habríamos visto marcharse.

—Debe haber escondido su vehículo —dijo Oryon.

—Esta flamante línea de costa está llena de calas —dijo Clive—. ¡Pero deberíamos enviar la señal ahora!

Tan pronto como eso estuvo hecho, Ferus dijo:

—Separémonos en dos grupos. Malorum es peligroso. Quédate aquí, Trever.

—No.

Clive silbó.

—Es tan motivante cómo sigue las órdenes.

Ferus no podía esperar por eso, así que se marchó sólo. Sabía que Trever le seguiría, y también sabía que el chico se quedaría a cubierto. Sus latidos resonaban en su interior con urgencia. El futuro de la galaxia está en juego, había dicho Obi-Wan. El secreto no puede descubrirse.

Afortunadamente las comunicaciones habían sido interferidas, así que Malorum no podría compartir su información. Hasta que pasase la hora.

Ferus saltó hasta un lugar en el lado inclinado del risco, después saltó otra vez. Sus botas aterrizaron sobre arena suave.

Oyó el chapoteo del agua azul. La canción de un pájaro. Sintió la Fuerza reuniéndose y entonces no sólo pudo oírlo todo con claridad cristalina sino sentirlo por igual, latiendo a través de él.

La Fuerza Viva estaba cerca. El lado oscuro de la Fuerza latió. Corrió playa abajo en esa dirección. Un grupo de grandes rocas estaba esparcido por la bahía, y él dio un salto de Fuerza encima de la primera, brincando de una a otra hasta que dejó atrás el punto de tierra. Ahora podía ver a Malorum en un deslizador góndola, listo para marcharse. Malorum alzó la mirada y le vio, y el vehículo salió disparado sobre el lago.

Ferus saltó por los aires hacia el vehículo. Malorum tiró repentinamente del mecanismo de dirección, por lo que el vehículo se dirigió directamente hacia él a toda velocidad. Ferus reaccionó como un Jedi. No se apartó. Usó el avance de su enemigo en su beneficio.

Detuvo su impulso en el aire, esperando el microsegundo que tardó Malorum en alcanzarle. Entonces dio un salto mortal pulcramente sobre la embarcación. Usó el ascenso para impulsarse fuera del daño, entonces descendió sobre la góndola.

Bueno, no descendió, exactamente, de la forma impecable que podría haberlo hecho incluso siendo un aprendiz. Más bien, cayó torpemente, desmoronándose sobre el casco.

Algunas veces la Fuerza le funcionaba. Otras no.

Malorum giró bruscamente la nave a la derecha, acercándola al agua. Ferus sacó medio cuerpo fuera, sus pies saltaban sobre la superficie. A esa velocidad, el agua parecía permacreto.

—Ay —gruñó Ferus a través de sus dientes mientras la góndola avanzaba dando tumbos y él se agarraba por su vida—. Ay, ay, ay.

Usando toda su fuerza, se lanzó a sí mismo de vuelta al bote. Esta vez fue capaz de acceder a la Fuerza con más precisión, pivotando sobre sus manos y dando una patada bien colocada en el pecho de Malorum. Malorum cayó hacia atrás, aflojando su agarre en los controles. La góndola comenzó a girar a lo loco. Ferus casi se cae del barco pero estiró un brazo y se agarró a la popa curvada para equilibrarse. Cogió su sable láser y lo activó justo cuando Malorum comenzó a acribillarle con fuego láser.

Era imposible para el Inquisidor apuntar en esas condiciones, pero estaba haciendo un buen trabajo intentándolo. Ferus usó la curvada popa como pivote, balanceándose a su alrededor mientras la góndola rebotaba, su sable láser esquivaba los rayos láser rojos y naranjas.

A lo lejos vio otras góndolas aproximándose. Solace pilotaba una con Oryon sujetándose torvamente. Curran y Keets iban en la otra. ¿Dónde estaban Trever y Clive?

Malorum retiró la tela de su túnica en un brazo. Ferus sintió la advertencia como propulsión. Saltó hacia su asaltante. En el aire vio el brillo del lanzacohetes en la muñeca de Malorum. Malorum le sorprendió rodando debajo de él y entonces disparó el cohete.

Solace lo vio antes que los demás. Giró su góndola violentamente, gritando a Curran mientras lo hacía. Era demasiado tarde. Incapaz de salvar la barca, él y Keets se lanzaron al agua. La explosión envió ondas de choque a través del lago.

Y entonces Ferus vio a Clive y a Trever. *Por supuesto*, pensó. Los dos ladrones habían robado un bote.

Era un vehículo rápido, liso, con un casco de cromo y un motor de repulsión. Más grande que las góndolas, era incluso altamente maniobrable y tremendamente rápido. Clive estaba pilotándolo directamente hacia Ferus y Malorum.

La góndola seguía moviéndose a toda velocidad, pero sin un piloto se balanceaba en arcos y rebotaba en corrientes de aire y olas. Clive iba directo hacia ellos, sin duda esperando distraer a Malorum. Era un buen plan. Ferus sólo esperaba no caerse antes de que funcionase.

De repente el aire cobró vida con vehículos imperiales blindados de patrulla IPV-1. Malorum debía haberlos llamado antes de que la Reina hubiera podido cortar las comunicaciones.

El agua a su alrededor explotó mientras los cohetes impactaban. Los cohetes estaban diseñados para intimidar. No se arriesgarían a impactar a Malorum. Pero una parte de los botes de patrulla se separó del resto para atacar a las otras góndolas y al bote de Clive y Trever.

Ferus observó mientras una patrullera se dirigía hacia él. Saltó sobre Malorum, que disparó su bláster muy cerca de la cara de Ferus. Ferus logró desviar el fuego láser pero Malorum se lanzó hacia un cable líquido que repentinamente apareció arriba, más alto de lo que Ferus se imaginó que podría. Malorum no se molestó en enganchar el cable, simplemente se agarró mientras el IPV-1 se elevaba más, arrastrando a Malorum detrás.

Ferus saltó y consiguió agarrar el extremo del cable. Estando en el aire vio los cohetes que se dirigían hacia el bote de Clive. Clive y Trever saltaron al agua en el último

segundo posible mientras su nave era destruida. Al mismo tiempo, otras dos patrulleras fueron detrás de Curran y Keets, balanceándose en las ondas. Los pilotos imperiales restantes se giraron hacia Solace en la última góndola.

Ferus alzó la vista hacia el cañón de una pistola de repetición. Vio ferviente y triunfante cara de Malorum. Soltó el cable y cayó al frío lago azul.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Ferus se sumergió en las frías aguas, tan profundo como pudo para escapar del fuego, metiéndose en la boca su respirador Aquata mientras nadaba. Avanzó en la dirección en la que había visto a Trever por última vez. No estaba seguro de lo buen nadador que era el chico, o si podía nadar para empezar. No sabía si Clive tenía un respirador. Equipo estándar para algunos, pero no para otros. Gracias a su entrenamiento Jedi, Ferus tenía la costumbre de llevar uno en su cinturón de utilidades, incluso si viajaba a un mundo desértico.

El agua estaba tan clara que debería haber sido capaz de distinguir a los demás, pero en lugar de eso no vio nada, sólo azul interminable. Ferus luchó contra la desorientación. Había visto a los otros zambullirse en el lago, ¿Dónde podían haber ido? Nadó más abajo, sintiendo la presión en sus oídos. Comenzó a sentirse ansioso. No podía abandonar a sus amigos, pero tenía que regresar a Theed.

De repente contempló una extraña visión, una brillante burbuja transparente dirigiéndose hacia él a través del agua. ¿Era alguna clase de extraña criatura marina?

No... era una nave. Una nave con la forma de una criatura con una cola larga. Dentro sólo podía divisar las formas de seres vivos.

Gungans.

Por supuesto. Los gungans gobernaban el mundo submarino de Naboo. Por lo que había oído, eran seres amistosos. Aunque podían emprender una batalla bastante sucia si tenían que hacerlo.

Eran su tipo.

El submarino extrañamente bello se acercó a él. La cabina parecía combarse mientras se acercaba, y Ferus se detuvo, inmóvil en el agua, moviendo sus brazos para mantenerse en el mismo lugar. No sentía miedo, sólo curiosidad.

Una mano se extendió a través de la cabina burbuja y de alguna forma le metió adentro. El resto del grupo estaba apiñado en el interior. Trever le dedicó una cálida sonrisa. Con el agua manando de sus ropas, se dejó caer en un asiento junto a Solace.

—Bonito rescate —jadeó.

—Misa te da la bienvenida al bongo en nombre de todos los gungans —dijo su piloto sonriente. Sus ojos amigables brillaron mirando a Ferus—. Mejor quedarse bajo el agua cuando los soldados máquina están arriba.

—¿Dónde está Malorum? —preguntó Trever.

—Escapó —dijo Ferus—. No tengo duda de que está de camino hacia el cuartel general imperial en Theed. Ahí seguramente es donde dejó su transporte —se giró hacia el piloto—. Necesitamos tu ayuda.

—Misa puede llevar donde sea que tusa quiere...

—No —le interrumpió Ferus—. Todos vosotros —alcanzó rápidamente su comunicador. Después de unos segundos, le pasaron directamente con la Reina Apailana. Era el único canal que se habían dejado abierto.

- Necesito pedir otro pequeño favor —dijo.
- Pide mucho, Jedi Olin.
- No se hace una idea.

Ahora Trever lo había visto todo. No podría sobreponerse. La ciudad submarina había aparecido de repente, una serie de enormes burbujas como lámparas iluminadas. Dentro había anchas avenidas con patrones oscuros y una lóbrega luz verdosa.

Y gungans, nunca había oído hablar de ellos. Le gustaba su cordialidad y sus zancadas de articulaciones flojas. Se sentía seguro en su ciudad submarina. Le habría gustado olvidarse de todo lo que ocurría arriba, pero por supuesto estaba con Ferus-Wan, el dueño de una mente Jedi con una sola idea. Ferus pidió que le llevaran de inmediato ante su líder, explicando que él y Solace eran Jedi.

Su rescatador, el piloto Yunabana, había estado tan excitado que los había llevado corriendo directamente hasta el Jefe Nass.

El Jefe Nass residía en su propia serie de burbujas. Mientras que la mayor parte de los gungans eran delgados, el Jefe Nass era enorme. Su piel verde tenía un tinte grisáceo, y Trever podía ver que era un anciano. Tenía tres papadas y llevaba puesto un abrigo elaborado del mismo color de su piel, por lo que parecía un informe masa verdosa gigante. Estaba sentado en una silla enorme con ramas ondeantes.

Ahora la Reina de Naboo estaba en el holoprojector. Los naboo y los gungans consideraban que tenían con los Jedi una gran deuda. Creían que los Jedi habían sido sus únicos amigos de verdad durante el bloqueo de la Federación de Comercio y habían sido responsables de ayudarles a liberar sus mundos. Estuvieron enseguida de acuerdo de reunirse con Ferus.

Trever se quedó detrás con Clive, Keets, Curran, y Oryon mientras Solace y Ferus le daban las gracias al Jefe Nass y a la Reina, y el Jefe Nass le daba las gracias a los Jedi, y la Reina le daba las gracias al Jefe Nass, y el Jefe Nass le daba las gracias a la Reina en lo que pareció un tiempo larguísimo, y finalmente todo el mundo guardó silencio.

—¿Qué es lo que quiere de nosotros? —preguntó finalmente la Reina Apailana.

—Misa contento de ayudar si ayuda es necesaria —dijo el Jefe Nass. Colocó sus manos sobre su barriga y se reclinó.

Ferus parecía un poco nervioso. Él nunca parecía nervioso. Trever le vio tragar. Debe ser una gran petición.

—Necesito que ambos usen sus fuerzas de seguridad para atacar y destruir el cuartel general imperial —dijo.

El Jefe Nass se puso en pie de un salto.

—¿Tusa loco? —rugió—. ¿Atacar imperiales? ¡Mucha mala estrategia misa amigo! ¿Tusa sabes ellos controlan el ancho mar galaxia?

El tono de reina Apailana fue más humilde, pero estaba claro que estaba igualmente aturdida.

—Seguramente es consciente de la retribución que sería infligida después sobre los naboo y los gungans. El Emperador nos aplastaría. Sería rápido y terrible, y muchos civiles perecerían.

—Eso es seguro —dijo Trever en voz baja. Ferus le dedicó una mirada para la que no necesitaba traducción. No hables.

—Entiendo la magnitud de lo que pido —dijo Ferus.

—¿Por qué lo pides entonces? —dijo la Reina Apailana.

—El futuro de la galaxia depende de ello —dijo Ferus—. Eso puedo prometérselo. La cabeza de los Inquisidores Imperiales, Malorum, ha averiguado un secreto importante. Si consigue revelárselo al Emperador, podría destruir cualquier esperanza que tenemos de vivir algún día en paz y con auténtica justicia.

—¿Cuál es ese secreto? —preguntó la Reina.

—Eso no puedo decírselo. Pero debe confiar en mí. Debemos golpear aquí y ahora.

Hubo una pausa, entonces Ferus continuó.

—Tengo una manera de evitar el castigo. No propondría esto si no fuera así. Os prometo que su gente no recibirá ningún daño.

—Te escucho —dijo la Reina Apailana.

El Jefe Nass se recostó.

—Misa, también.

Ferus se giró hacia la Reina Apailana.

—Su red de información ha comunicado que el Imperio está almacenando ilegalmente armas destructivas en el hangar de Theed desafiando las leyes del Senado. Si hacemos explotar la reserva de armas, parecería un desastre que el Imperio se ha buscado por sí mismo. Los oficiales en Coruscant desearán encubrir la explosión para que el Senado no se entere. El Emperador puede despreciar al Senado, pero todavía lo necesita para encubrir sus crímenes.

—Su plan depende de nuestra victoria en la batalla —dijo la Reina Apailana.

—Las fuerzas combinadas de Naboo y los guerreros gungan pueden derrotar a un batallón —dijo Solace—. Han luchado contra cosas mucho peores y han ganado.

—Tengo la mayor confianza en el coraje y la valentía de sus pueblos —añadió Ferus.

La Reina Apailana no dijo nada. Por su maquillaje elaborado, Trever no podía saber lo que estaba pensando.

Repentinamente el Jefe Nass se levantó, golpeando los brazos de su silla.

—¡Qué truco tan bueno, tú dices, Jedi! ¡Deshacerse del Imperio, protegiendo a toda nuestra gente, y nadie nos echará la culpa a nosa! ¡Expulsa a los fambaa y danos poder!

Todos ellos se volvieron hacia la pantalla holográfica. La imagen de la Reina seguía impasible.

—Sí —dijo lentamente—. Es un buen truco, como dice mi amigo el Jefe Nass. Y podría sacar al Imperio de Naboo durante algún tiempo. Si funciona.

—¿Convocará a sus fuerzas? —preguntó Ferus—. Podemos formular aquí los planes de batalla y coordinarnos cuando lleguemos a Theed.

—Es mas rápido ir bajo el agua —dijo el Jefe Nass—. Nosa puede llevar ejército así.
—Estaremos listos —dijo la Reina Apailana.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Ferus y los demás esperaban a bordo de un nave militar de desembarco gungan bajo el lago en Theed. Desde la batalla con la Federación de Comercio, los gungans habían diseñado transportes de tropas, largos y estrechos, que podían navegar por las cavernas acuáticas que formaban una red bajo la superficie de Naboo.

Los transportes estaban alineados bajo el lago, sus pieles de mineral estaban teñidas de azul verdoso para camuflarse. Esperaron la señal de Capitán Typho. Ferus intercambió una mirada con Trever. Ya no se molestaba en ordenarle que se quedase atrás. Era una pérdida de aliento.

Solace, Ferus y Oryon saldrían primero. Se dirigirían inmediatamente hasta el cuartel general Imperial y se colarían dentro. Ferus se separaría e iría a por Malorum. Solace y Oryon evitarían cualquier intento de escape de los oficiales imperiales. Normalmente cuanto mayor rango tenía un oficial, más podías contar con que tuviera una ruta de escape separada de la del resto del batallón.

Clive se había excusado.

—Soy un actor solitario —les dijo—. Las guerras me ponen nervioso.

Solace había mostrado su desaprobación con un bufido.

La señal llegó. Las naves gungan se alzaron lentamente y entonces atravesaron la superficie. Las rampas se deslizaron y conectaron con la tierra. Ferus, Solace y Oryon salieron corriendo de la nave.

Las fuerzas de seguridad de Naboo ya estaban movilizándose en las calles, marchando hacia el cuartel general. Ferus podía ver varios soldados de asalto aterrizados corriendo para regresar al edificio. Los oficiales ya estaban formando filas en las anchas escaleras del edificio. El primer fuego resonó desde las líneas frontales.

Él se uniría a la lucha, pero primero tenía que encontrar a Malorum.

Corrieron girando la esquina del cuartel general imperial y dispararon sus cables líquidos. Les subió al primer grupo de ventanas. Ferus ya había contactado con los naboo y sabía dónde estaban colocados los oficiales.

Solace se detuvo. Los sonidos de la batalla se habían incrementado.

—Que la Fuerza te acompañe —dijo ella.

Ferus asintió y salió corriendo a través de una ventana. Bajó corriendo por los pasillos, los cuales resonaban con confusión mientras los oficiales se apresuraban en cargar datos en ordenadores, sin duda siguiendo alguna clase de protocolo de Imperio ante un ataque sorpresa. Otros corrían hacia la parte trasera del edificio que Ferus sabía que conectaba con el hangar de Theed.

Ahí era donde se dirigiría Malorum. No se quedaría y lucharía. Saldría volando.

Ferus aumentó su velocidad, tumbando a los soldados de asalto que se cruzaban en su camino: El ruido sordo de sus botas remarcaba su propósito. Mantuvo su sable láser en alto.

Atravesó las grandiosas puertas blindadas de los hangares. En medio de las brillantes naves y de montones de cajas vio el parpadeo de una capa roja. Malorum le había visto y se escapaba. Le persiguió por un pasillo largo que conectaba con otro edificio grandioso.

El pasillo se abría a un área circular gigantesca. Plataformas y puentes se apilaban centenares de metros por encima. El espacio estaba lleno de un zumbido de bajo nivel. Estaba en el generador de energía de Theed.

El conocimiento golpeó su cerebro. Ahí era donde el gran Maestro Jedi, Qui-Gon Jinn, había caído. Todos los Pádawans había oído la historia.

Fue aquí, pensó Ferus. Éste es el lugar donde Obi-Wan luchó contra Darth-Maul hasta matarlo.

Pero ahora era diferente. No luchaba contra un Sith. Estaba luchando contra un Inquisidor Imperial experto, con armas poderosas, sí. Pero no un Sith.

Entonces Malorum se giró, mostrando los dientes en una sonrisa. Y le mostró a Ferus su sable láser.

CAPÍTULO VEINTE

Ferus estaba sorprendido. Tanto él y como Obi-Wan sintieron que Malorum era sensible a la Fuerza. Pero eso estaba lejos de ser competente con un sable láser.

¿Dónde había recibido entrenamiento con el sable láser? Malorum sujetó el sable láser fácilmente en la clásica postura de estar listo, la barra roja se proyectaba hacia abajo.

Ferus le rodeó lentamente, sosteniendo su oscura mirada. Bien. Un antiguo Jedi y un pretendiente Sith a punto de enfrentarse. Interesante.

Malorum cargó. Los dos sables láser chocaron. Ferus sintió una cantidad sorprendente de poder de Malorum. Tal vez esto no sería tan fácil.

Pero lo haría.

Giró sobre sí mismo en una vuelta de ciento ochenta grados, pateando con su pie al mismo tiempo. Falló la barbilla de Malorum por un pelo.

A Ferus le gustaba luchar con sus botas así como con su sable láser. Había aprendido a luchar sin un sable láser cuando había sido un ciudadano normal de Bellassa. A veces eso significaba pelear sucio. Buscando aberturas, usando cualquier material que resultase útil. Todavía podía pelear como en las calles si tenía que hacerlo

Luchó sin urgencia de momento, rodeando a Malorum, desafiándole, buscando debilidades. Ferus las marcó en su cabeza. Malorum confiaba en su agilidad pero tenía poca gracia. Tenía fuerza pero no sabía cómo usarla de forma eficaz. Pero sobre todo, y eso era lo que Ferus estaba seguro que le derrotaría, Ferus podía sentir la emoción de Malorum en su estilo. La cólera alimentaba sus ataques. Era un error que muchos cometían. Pero no un Jedi.

Después de algunas fintas y ataques, llegaron a un largo pasaje con paredes curvas. Una serie de puertas de energía lo recorrían. Rayos de electrones pulsaban de manera rítmica. Ferus recordaba esto de la historia que había escuchado de Pádawan. Las puertas de energía habían detenido a Obi-Wan y había sido incapaz de ayudar a su Maestro en su batalla final con Darth Maul. En esos segundos cruciales, había observado cómo Qui-Gon recibía el golpe fatal y caía, justo ante sus ojos.

Aquí estaba, en mitad de la batalla, y de repente se sentía asaltado por una simpatía profunda por Obi-Wan. Durante las semanas pasadas había sido intimidado por un Maestro Jedi, irritado por sus silencios, alterado por sus decisiones. Ahora se dio cuenta completamente de lo poco que entendía de lo que yacía debajo.

No puedo imaginar lo que ha visto. Cómo ha sufrido. Lo que ha perdido.

Pasó a través de la primera puerta de energía pero de repente se cerraron con un zumbido detrás y delante de él. Malorum estaba en la siguiente cámara. Qué extraño era ver a tu enemigo y ser incapaz de moverse.

Apenas podía entender las palabras de Malorum.

—No puedes detenerme —dijo Malorum—. Sólo puedes retrasarme.

—Oh, te detendré —contestó Ferus—. Aunque echaré de menos nuestras conversaciones.

Las puertas de energía se abrieron de golpe. Ferus saltó hacia adelante, balanceando su sable láser. Malorum le esquivó y se acercó lo suficiente para golpear el hombro de Ferus. Tuvo que saltar hacia atrás, y las puertas de energía se cerraron otra vez.

—He aprendido del mejor —gruñó Malorum a través de sus dientes.

—Sin Tachi. Obi-Wan Kenobi. Soara Antana. El mismísimo Yoda. —Ferus no sabía si Malorum podía oírle, pero sentía los nombres de sus maestros resonando en su interior como un cántico poderoso—. No sabes qué es lo mejor.

Las puertas de energía se reabrieron y Ferus se lanzó hacia adelante, haciendo retroceder a Malorum.

—¿Quieres ser un Sith, Malorum? —le ridiculizó—. ¿Es eso? ¿El perrito de Palpatine está cansado de morder tobillos?

La furia oscureció la cara de Malorum. Bien. Exactamente lo que había esperado.

Malorum saltó hacia adelante en una rápida combinación que Ferus esquivó con dificultad. El lado oscuro de la Fuerza zumbaba con él ahora mientras aumentaba su cólera.

De acuerdo, tal vez era hora de una nueva estrategia.

Malorum cambió de dirección y pudo salir corriendo hacia una pasarela. Ferus saltó para seguirle. Se preguntó si Malorum se dirigía hacia una salida. Sabía que si Malorum podía salir de allí le perdería. Era casi como si Malorum conociese el camino y estuviese guiándole. Tal vez trataba de llevarle de vuelta al ejército imperial, esperando que todavía estuviesen luchando.

Peleaban furiosamente ahora, usando cada pulgada de la pasarela. Lucharon alrededor del profundo núcleo central, centenas de metros abajo. Ferus usó su ventaja de agilidad en la Fuerza para brincar y dar un salto mortal, dando potencia a su impulso. Luchó usando sólo el sable láser, reservando otra patada o un codazo para cuando lo necesitara, cuando Malorum no se lo esperara.

Empujó a Malorum hacia atrás, obligándole a confiar en su equilibrio para evitar caerse en el pozo de abajo. Malorum se contorsionó y giró, pero estaba empezando a sudar.

Ferus vio su oportunidad. Se dejó a sí mismo ligeramente desprotegido, y Malorum cargó. Mientras se acercaba, Ferus lanzó su codo directamente contra la frente de Malorum. Esto le dejó aturdido durante una fracción de segundo, y Ferus usó la empuñadura de su sable láser para apartar el sable de Malorum de sus manos. El sable láser salió disparado, directamente sobre el pozo.

La boca de Malorum se abrió en un grito que resonó por las paredes.

—¡No! —gritó. Ferus podía sentir la Fuerza pulsando mientras Malorum saltaba por los aires, intentando coger el sable láser mientras giraba. Intentando agarrar la Fuerza para empujar la empuñadura del sable láser hacia él y llevarle a la seguridad de la pasarela siguiente.

No... intentar... Ferus observó a Malorum cometer el error elemental de cualquier estudiante novato Jedi.

Vio que Malorum estaba cegado por la necesidad. Si perdía el sable láser sería deshonrado. Nunca sería un Sith.

El sable láser de Malorum cayó como una piedra. Todavía en el aire, Malorum perdió su agarre en la Fuerza. Su capa se enredó a su alrededor, y Ferus vio el pánico en sus ojos.

Entonces cayó, abajo, abajo, abajo, hacia el núcleo central. Y el secreto de Obi-Wan se fue con él.

CAPÍTULO VEINTIUNO

La batalla había terminado. Los soldados de asalto abrasados yacían en las calles. Los oficiales caídos estaban en el edificio donde se habían refugiado.

El Capitán Typho caminó hacia Ferus mientras éste emergía del generador de Theed.

—Sus amigos están a salvo —dijo, antes de que Ferus pudiese preguntar.

Ferus vio un borrón de color marrón y azul, y Trever corrió hacia él, su pelo azul volando, su túnica hecha jirones.

—¿Atrapaste a Malorum? ¿Le detuviste?

—Cayó en el núcleo central del generador.

—Así que el secreto está seguro —dijo Solace, llegando hasta ellos—. Sea cual sea.

—Limpiaremos esto rápidamente —dijo el Capitán Typho—. No habrá rastro de la batalla. Hemos estado monitorizando el sistema de comunicaciones. Control Imperial de Coruscant está tratando de comunicarse con el batallón pero no obtienen respuesta. Enviarán una nave para investigar desde algún sistema cercano. Puede estar aquí dentro de una hora. Es hora de volar el arsenal.

—Parece que estamos listos, compañero —le dijo Clive a Ferus—. Será un poco artificioso, pero creo que he calculado correctamente los explosivos para que podamos salir a tiempo.

Ferus le miró perplejo.

—¿Tú crees? —preguntó.

Clive sonrió.

—Tu camarada me ayudó con algunas ideas.

Ferus miró a Trever.

—No me mires así —dijo Trever—. No voy contigo esta vez. ¿Crees que estoy chiflado?

Clive y Ferus entraron en el gran hangar de Theed, vacíos ahora de todo el personal. El área alrededor del hangar había sido despejada de personas y de cualquier artículo de valor, por si el hangar explotaba el área circundante. Los pilotos de Theed habían llevado algunas naves hasta un lugar seguro, pero tendrían que sacrificar una parte de su flota para que la explosión no pareciera sospechosa.

—El truco es arreglar las cosas para que explote aquí, en el centro —dijo Clive—. La onda expansiva irá hacia abajo, no hacia afuera. Pero este muro lateral tiene que recibir algo de la explosión para que también se destruya el cuartel general imperial. Tenemos que dar explicaciones sobre la pérdida de esos soldados de asalto.

—Hagámoslo —dijo Ferus.

Se acercaron a las cajas cautelosamente. Clive empezó a abrirlas con un vibrocuchillo.

—Algunos de estos son baradium altamente volátil —dijo Clive, mirando las instrucciones de las cajas de duracero—. No dejes caer nada.

—De acuerdo —masculló Ferus.

Cuidadosamente, recogieron las cajas y los contenedores y los movieron hasta el centro del hangar. Cogieron el explosivo sintético altamente volátil y lo pusieron contra la pared. Entonces Clive se acercó cuidadosamente, ajustando la secuencia de las cargas.

—Trever arregló éstas para que se desintegraran con la explosión, no quedará rastro de metal o de explosivo. Nunca sabrán que lo volamos.

—¿Entonces cómo vamos a salir a tiempo? —preguntó Ferus.

—El patrón está diseñado para que una carga alfa desate una explosión que activará la siguiente, y la siguiente, etcétera, hasta que haga tanto calor aquí dentro que todo el lugar explote. Va a ser una explosión de locos —dijo Clive cariñosamente.

—¿Clive? ¿Cómo vamos a salir? —preguntó Ferus, remarcando cada palabra.

—Oh. Tengo un plan. —Clive colocó la última carga alfa contra un tambor de combustible para cohetes.

—Bien —dijo Ferus con alivio.

—Corremos. —Clive colocó la última carga y la activó—. ¡Ahora!

Ferus corrió detrás de Clive, maldiciéndole mentalmente. Clive era una de esas personas dementes que disfrutaban con el peligro extremo. Ferus sintió la primera explosión a su espalda. Sintió el calor en su cuello. Fue a la carga hacia las puertas. La siguiente explosión le dio un empujón en la espalda que casi le tumba. La tercera hizo que el aire cobrase vida. Salió montado en una ola de aire por las puertas blindadas y aterrizó sobre sus rodillas en la calle. Clive se dio la vuelta, riéndose.

—Vamos, todavía no ha terminado —gritó.

El cuartel general imperial explotó mientras corrían por un puente peatonal. El puente cayó en un chaparrón de blanda piedra ocre. Ferus agarró a Clive y dio un salto de Fuerza hasta un lugar seguro.

Tumbados sobre sus espaldas, observaron como medio hangar ardía y el cuartel general imperial se derrumbaba en un montón de escombros y una nube de polvo gigante.

Tosiendo, llegaron hasta Solace, Oryon, Keets, Curran y Trever, los cuales estaban con el Capitán Typho observando el terrible espectáculo.

—Siento lo del edificio —dijo Ferus—. Era una parte graciosa de Theed. Llevará mucho tiempo reconstruir ese hangar.

—Eso es una cosa —dijo Typho—. La gente de Naboo es más importante.

CAPÍTULO VEINTIDOS

La plataforma espacial orbital en la Nebulosa Arcoiris estaba en algún punto entre Naboo y ninguna parte, y era un buen lugar para hacer una parada. El grupo se reaprovisionó allí. Había sido imperativo que saliesen corriendo de Naboo inmediatamente.

Todos ellos permanecieron juntos mientras sus naves eran enganchadas a las estaciones de combustible. El cielo sobre ellos vibraba en rojo, naranja, amarillo, verde, azul, y violeta.

—Hablé con Typho por el camino —dijo Ferus a los demás—. El Imperio está investigando, y ya está claro que van a encubrirlo. No habrá represalias en Naboo. Y parece que Malorum murió en la explosión.

—Me encanta cuando un plan funciona como un crono bien ajustado —dijo Clive.

Hubo una pausa. Era hora de decir adiós, pero nadie estaba seguro a dónde iba a ir cada uno.

Ferus estaba ansioso por regresar a la base errante del asteroide. Había cosas que hacer, sistemas que establecer. Necesitaba contactar con Obi-Wan y contarle que la amenaza de Malorum había terminado.

—Tengo un lugar seguro —les dijo a los demás.

—Sólo tenéis que navegar a través de una tormenta atmosférica para llegar allí —corrigió Trever.

—Todos vosotros sois bienvenidos —dijo Ferus—. Cada uno de vosotros es ahora un proscrito del Imperio. Necesitaréis nuevos documentos, un lugar donde esconderos.

Ferus miró a Solace. Estaba creando la base para los supervivientes Jedi. Solace le había dicho que no quería tener parte en eso. Esperaba que ella cambiase de idea.

—De acuerdo, iré —dijo ella bruscamente—. Pero sólo para comprobarlo.

Oryon miró a Keets y Curran.

—Hemos estado hablando. Como los Borrados, hemos estado escondidos durante demasiado tiempo. Queremos regresar a Coruscant. Pero nos vendría bien un lugar donde estar tranquilos y hacer planes.

—Después de esta pequeña aventura me vendría bien un descanso —dijo Clive.

—¿Vas a venir? —preguntó Solace desdeñosamente—. Pensaba que eras un actor solitario.

—Debe ser tu deslumbrante personalidad —dijo Clive.

El comunicador de Ferus sonó. Eso era extraño. Sólo unas pocas personas en la galaxia tenían acceso. Se apartó unos pasos de los demás. El mensaje se reprodujo, un holograma en miniatura.

Se quedó con la mirada fija, escuchando, y el hielo entró en sus venas.

Se volvió hacia los demás y colocó su comunicador en la palma de su mano. Lo mantuvo a la vista.

—Creo que tenéis que ver esto.

Una imagen del Emperador Palpatine brilló tenuemente en el aire.

—Saludos, Maestro Olin, pues pienso que merece ese título. Los tiempos han cambiado, y usted ha cambiado con ellos. Creo que nuestro ausente Inquisidor Malorum era un poco duro con usted. En nombre del Imperio, me gustaría ofrecerle una amnistía.

—Hey, ¿qué pasa conmigo? —le preguntó Clive al mensaje.

—Y le hago una invitación —continuaba el mensaje de Palpatine—. Venga a visitarme a Coruscant. Le doy mi palabra personal de que tendrá pasaje seguro. Hablemos cara a cara, y si lo que le ofrezco no le interesa, puede tomar su amnistía y marcharse. Esta oferta dura veinticuatro horas desde el recibo de este mensaje. Espero verle pronto. Tenemos mucho que debatir. Hasta entonces, adiós.

El holograma se desvaneció.

Ferus miró a sus amigos.

—Entonces —dijo—, ¿qué deberíamos hacer? ¿Acepto una cita con el Emperador?